

SCHMIDEL, ULRICO (S. XVI)

RELATOS DE LA CONQUISTA DEL RÍO DE LA PLATA Y PARAGUAY: 1534-1554
HISTORIA DE UNA MARAVILLOSA NAVEGACIÓN

ÍNDICE:

CAPITULO 1

Viaje por mar, desde Amberes a España

CAPITULO 2

Navegación de España a las Islas Canarias

CAPITULO 3

De La Palma a las Insulae Virides o Hespérides llamadas también de Cabo Verde

CAPITULO 4

De las Insulae Virides al Brasil

CAPITULO 5

Del río llamado Janeiro

CAPITULO 6

Del Río de la Plata, llamado también Paraná; San Gabriel y los indios charrúas

CAPITULO 7

De la ciudad de Buenos Aires y los indios querandíes

CAPITULO 8

Batalla con los indios querandíes

CAPITULO 9

De cómo se fortificó la ciudad de Buenos Aires y del hambre que se padeció

CAPITULO 10

De cómo algunos navegaron el río Paraná o río de la Plata arriba

CAPITULO 11

De cómo la ciudad de Buenos Aires fue asediada, atacada y quemada por los indios

CAPITULO 12

Se hace un alarde y se construyen barcos para seguir adelante

CAPITULO 13

De cómo remontaron el río Paraná o río de la Plata con cuatrocientos hombres

CAPITULO 14

Don Pedro de Mendoza vuelve a España, pero muere en el camino

CAPITULO 15

Alonso de Cabrera es enviado desde España al Río de la Plata

CAPITULO 16

Prosiguen la navegación remontando el Paraná hacia los curendas

CAPITULO 17

Llegamos a los quiloazas y mocoretás

CAPITULO 18

De cómo llegamos a los zennais salvaisco y mepenes

CAPITULO 19

Del río Paraguay y de los pueblos curemaguás y agaces

CAPITULO 20

De los pueblos carios

CAPITULO 21

De la ciudad de Lambaré y cómo fue asediada y conquistada

CAPITULO 22

Constrúyese un fuerte en Lambaré, con el nombre de la Asunción. Los cristianos, con ayuda de los carios, van contra los agaces.

CAPITULO 23

Quedamos en Asunción, tomando información sobre la tierra, y continuamos río arriba

CAPITULO 24

Del cerro San Fernando y de los payaguás

CAPITULO 25

El capitán general Don Juan de Ayolas marcha por tierra a los naperus y peysennes y es muerto a la vuelta con todos sus hombres

CAPITULO 26

De cómo se enteran de que su capitán general estaba muerto y eligen en su lugar a Domingo Martínez de Irala

CAPITULO 27

El capitán general pone presidio en Asunción, va contra los timbúes porque había gran desorden entre los salvajes, ocupa Corpus Christi y se traslada a Buenos Aires

CAPITULO 28

Los timbúes matan a traición a cincuenta de los cristianos. Estos abandonan Corpus Christi y se dirigen a Buenos Aires

CAPITULO 29

Llega una nave de España con gente nueva a Santa Catalina adonde navegamos con una galera

CAPITULO 30

Sufrimos un naufragio; algunos llegan por tierra a San Gabriel, y de allí a Buenos Aires, donde embarcamos para Asunción

CAPITULO 31

Procedente de España, Alvar Núñez Cabeza de Vaca llega a Santa Catalina y posteriormente a Asunción con trescientos españoles, y es recibido por gobernador

CAPITULO 32

El gobernador hace un alarde y envía barcos río arriba a los surucuis y achkeres, a cuyo jefe ahorcan

CAPITULO 33

Tabaré y los carios se arman contra los españoles; Tabaré es vencido

CAPITULO 34

Dejando presidio en Asunción y remontando el río Paraguay llegamos al cerro San Fernando y a los payaguáes, guajarapos y surucuis

CAPITULO 35

Hernando Rivera navega río arriba y llega a los guebecuis y achkares

CAPITULO 36

Llegan a los jarayes, donde son recibidos y tratados generosamente

CAPITULO 37

Descripción de las mujeres amazonas. Salimos en su busca y llegamos a los siberis y orthueses

CAPITULO 38

Vuélvense a su capitán general quien les arrebató su botín, y se rebelan

CAPITULO 39

El capitán general Alvar Núñez es aborrecido por los soldados a causa de su soberbia. Manda dar muerte sin razón alguna a los surucuis

CAPITULO 40

Alvar Núñez Cabeza de Vaca, capitán general de los españoles, es preso por su gente y enviado a Su Cesárea Majestad. Se elige capitán general a Domingo Martínez de Irala

CAPITULO 41

Discordia entre los cristianos. Disposición de los carios contra los mismos. Los jheperus y batatheis acuden en socorro de los cristianos

CAPITULO 42

Los cristianos, con ayuda de los jheperus y batatheis, vencen a los carios y conquistan Froemidiere y Carayba.

CAPITULO 43

Vuelven a Asunción y se preparan para remontar el río. Toman Hieruquizaba. Tabaré es perdonado

CAPITULO 44

Después de volver a Asunción se adentran en la tierra en busca de oro

CAPITULO 45

De los pueblos maipais, chanés, tohonnas, peionas, maygenos, morronos, poronos y simenos

CAPITULO 46

De los barconos, layonos, carconos, suboris y peisenos

CAPITULO 47

De los pueblos maygenos y corcoquís

CAPITULO 48

Del río y del lugar Macasíes que está próximo del Perú; de cómo mandan a dos a Potosí y hasta Lima

CAPITULO 49

De la fertilidad de la tierra de Macasíes y de cómo volvieron al punto donde habían dejado los barcos

CAPITULO 50

El capitán Diego de Abreu se opone al general Domingo Martínez de Irala. El autor recibe carta de Alemania

CAPITULO 51

El autor pide licencia. Baja el río Paraguay y remonta el Paraná

CAPITULO 52

El autor Ulrico Schmidel deja el río Paraná y continúa caminando por tierra, y lo que le sucedió con los tupís

CAPITULO 53

Ulrico Schmidel llega al Cabo de San Vicente, navega a España, pero tiene que volver al puerto de Espiritu Santo

CAPITULO 54

Ulrico Schmidel sale del puerto de Espiritu Santo y llega a la Tercera, de las Islas Azores, y a España. Se embarca para los Países Bajos, pero tiene que volver a tierra a causa de una tempestad

CAPITULO 55

Ulrico Schmidel navega otra vez de Cádiz a Amberes

EPÍLOGO

ADVERTENCIA de Ulrico Schmidel

El año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil quinientos treinta y cuatro, yo, Ulrico Schmidel, de Straubing, pasé por mar desde Amberes a España y recorrí las Indias y varias islas, con grandes peligros de guerra, el cual viaje (desde el dicho año de 1534 hasta el de 1554, que Dios quiso que volviese) he descrito y recopilado aquí, con lo que experimenté y sufrí con mis compañeros en todo el viaje.

CAPITULO 1

Viaje por mar, desde Amberes a España

El año 1534 emprendí viaje desde Amberes a España. Al cabo de catorce días llegué a Cádiz, en España, hasta donde se cuentan cuatrocientas ochenta leguas. Delante de la ciudad, en la playa, vi una ballena que tenía treinta y cinco pasos de largo, y de la cual se sacaron treinta barriles (de los de arenques) de grasa. En Cádiz había catorce barcos grandes, bien abastecidos de toda clase de mantenimientos y aprestados con lo que es menester, que debían zarpar a las Indias, al Río de la Plata. Allí mismo estuvieron también dos mil quinientos españoles y ciento cincuenta alemanes del Sur, flamencos y sajones, con su capitán Don Pedro de Mendoza. Entre estos catorce barcos, uno pertenecía al señor Sebastián Neithart y al señor Jacobo Welser, de Nuremberg, que mandaron, por asuntos de negocios, a su factor Enrique Paime al Río de la Plata. Con ellos, yo y otros alemanes del Sur, así como flamencos, hasta unos ochenta hombres, bien pertrechados con arcabuces y otras armas, fuimos al Río de la Plata. Con el dicho nuestro capitán general zarpamos de Sevilla, y el día de San Bartolomé del año 1534 llegamos a una ciudad

llamada Sanlúcar [de Barrameda], que dista veinte leguas de Sevilla, donde estuvimos largo tiempo fondeados por la contrariedad de los vientos.

CAPITULO 2

Navegación de España a las Islas Canarias

El día primero de septiembre partimos de Sanlúcar y llegamos a tres islas que se encuentran próximas las unas de las otras, que se llaman la primera Tenerife, la otra Gomera y la tercera Palma. Esta última está a unas doscientas leguas de Sanlúcar, y en ella se separaron las naves.

Las islas, que pertenecen a Su Cesásea Majestad, están habitadas únicamente por españoles con sus mujeres e hijos. Allí se produce mucho azúcar. Con tres naves fuimos también a La Palma, donde fondeamos cuatro semanas y se aprovisionaron de nuevo los navíos. Después, nuestro capitán general Don Pedro de Mendoza, que estaba ocho o nueve leguas delante de nosotros, nos ordenó que estuviésemos prestos. Tuvimos entonces a bordo de nuestra nave a Don Jorge de Mendoza, primo del señor Pedro de Mendoza, que estaba enamorado de la hija de un vecino de Palma. Resulta que el día que debíamos estar listos para zarpar, el dicho Don Jorge de Mendoza se había ido a tierra aquella noche con doce buenos compañeros. Volvieron y trajeron consigo a escondidas a la hija del mencionado vecino, con su criada, alhajas y dinero. Subieron sigilosamente a bordo, de modo que ni nuestro capitán Enrique Paime ni nadie se enteró del asunto. Sólo los vio el que estaba de centinela, pues ocurrió en plena noche. A la mañana siguiente, cuando nos dispusimos a partir, estando a unas tres o cuatro leguas de la tierra, se levantó un viento tan fuerte que tuvimos que volver al puerto de donde habíamos salido, y allí anclamos. Nuestro capitán Enrique Paime quiso bajar a tierra en una pequeña embarcación que llaman bote. Se fue y cuando pretendió echar pie a tierra, había allí más de treinta hombres armados de arcabuces y alabardas, que querían detener a nuestro capitán Enrique Paime. Sin embargo, fue avisado por uno de su tripulación de que no desembarcase, sino que volviese. Y, aunque el capitán se apresuró por ganar su nave, no pudo alcanzarla tan pronto. Los de la playa estuvieron cerca de él, con unas pequeñas embarcaciones que tenían preparadas. No obstante, se escapó a otro barco próximo a la playa. Y como no pudieron prenderle, mandaron tocar a rebato, y cargar dos grandes piezas de artillería y disparar cuatro veces sobre nuestra nave, que no estaba lejos de la orilla. Con el primer disparo hicieron pedazos la vasija de agua fresca que estaba en la popa y que contenía cinco o seis cubos de agua. Con el segundo destrozaron también la mesana, que es el mástil a popa. El tercer disparo alcanzó el centro del barco abriendo una gran brecha y matando un hombre. El cuarto, sin embargo, falló.

Ahora bien, estaba allí otro capitán de una nave que se encontraba a nuestro lado y que quería ir a México, en la Nueva España, el cual estaba en tierra. Cuando se enteró de la algazara, se empeñó en restablecer la paz entre los de la ciudad y nosotros, con la condición de que se les entregara a Don Jorge de Mendoza con la hija del vecino y su criada. Subieron a nuestra nave el regidor y el alcalde, así como nuestro capitán y el anteriormente mencionado. Querían detener a Don Jorge de Mendoza junto con su querida, cuando éste les contestó que era su mujer, y como ella no dijo otra cosa, los desposaron al punto, por lo que su padre se puso muy triste y afligido. Así fue como nuestra nave quedó maltrecha.

CAPITULO 3

De La Palma a las Insulae Virides o Hespérides llamadas también de Cabo Verde

Después de esto, dejamos en tierra a Don Jorge de Mendoza con su mujer, pues nuestro capitán no lo quiso tener más a bordo. Y tras de reparar nuestra nave, pasamos a una isla o tierra que se llama San Jacobo o en español, Santiago. Es la más destacada de las Islas Virides, que se encuentra en el grado 14 elevationis Poli Arctici. La ciudad que pertenece al rey de Portugal, al que están sujetos los moros negros, se encuentra a doscientas leguas de la antes mencionada isla de La Palma, de la que habíamos zarpado últimamente. Allí permanecimos cinco días para abastecer nuestro barco de nuevas y frescas provisiones y víveres como pan, carne, agua y todo lo que es menester en la mar.

CAPITULO 4

De las Insulae Virides al Brasil

Reunida toda la flota o armada de catorce naves, nos adentramos otra vez en el mar, y, navegando dos meses seguidos, llegamos finalmente a una isla donde no había sino pájaros, tantos que pudimos matarlos a palos. Allí nos quedamos tres días. Esta isla, por lo demás despoblada, tiene una superficie de seis leguas de largo y ancho, y se encuentra a quinientas leguas de la dicha isla de Santiago, de la que habíamos partido. En este mar hay peces voladores, así como otros peces grandes y maravillosos, ballenas y otros que se llaman Schaubhut, porque tienen en la cabeza un gran disco con que, dicen, pueden volverse muy peligrosos y dañinos para otros peces con los que llegan a pelear. Es un pez grande y malo. También hay otros que tienen un hueso a modo de cuchillo, que en lengua española se dicen pez espada; otros tienen sierras, que también son grandes, y se llaman pez sierra, así como muchos otros extraños y de gran tamaño que no puedo describirlos todos.

CAPITULO 5

Del río llamado Janeiro

De esta isla pasamos luego a un lugar llamado Río de Janeiro, que se encuentra a doscientas leguas y pertenece al rey de Portugal. Los indios se llaman tupís. Allí nos detuvimos catorce días. Entonces Don Pedro de Mendoza, nuestro capitán general, ordenó que Juan Osorio, su hermano juramentado, nos mandase en su lugar, pues él estaba impedido, muy débil y enfermo. No obstante, como poco después de darle el mando, el dicho Juan Osorio fue delatado y acusado falsamente ante Mendoza, su hermano juramentado, de que quería amotinar la tropa contra él, éste ordenó a cuatro capitanes, a saber, Juan de Ayolas, Juan Salazar, Jorge Luján y Lázaro Salvago, que matasen a puñaladas al dicho Juan Osorio y que lo arrojasen en medio de la plaza por traidor. También había ordenado y mandado pregonar que nadie se moviese por Osorio so

pena de perder la vida, puesto que, fuere quien fuere, no saldría mejor parado. Sin embargo, se le hizo gran agravio, pues fue un guerrero de pro, leal y valiente, que hizo mucho bien a los soldados.

CAPITULO 6

Del Río de la Plata, llamado también Paraná; San Gabriel y los indios charrúas

De allí zarpamos para el Río de la Plata y llegamos a una corriente de agua dulce llamada Paraná-Guazú, ancha en la desembocadura de cuarenta y dos leguas, y está a ciento quince del río de Janeiro. Allí llegamos a un puerto que se llama San Gabriel, donde fondearon los catorce navíos en las aguas del dicho Paraná. Debido a que con los barcos grandes tuvimos que quedar alejados de la tierra, a tiro de arcabuz, nuestro capitán general Don Pedro de Mendoza mandó que los marineros desembarcasen a los soldados con pequeñas embarcaciones llamadas botes. Así, el año de 1535, llegamos con la ayuda de Dios al Río de la Plata, donde hallamos un poblado de indios en el cual vivían unos dos mil hombres llamados charrúas. No comen otra cosa sino pescado y carnes; y andan desnudos, excepto las mujeres que cubren sus partes con un pequeño paño de algodón, que les cuelga desde el ombligo hasta las rodillas. Estas gentes huyeron con sus mujeres e hijos y abandonaron el lugar cuando llegamos nosotros.

Nuestro capitán general Don Pedro de Mendoza mandó llevar entonces a los soldados nuevamente a bordo y pasarlos al otro lado del Paraná, donde el río sólo tiene ocho leguas de ancho.

CAPITULO 7

De la ciudad de Buenos Aires y los indios querandíes

En este sitio construimos una ciudad que se llama Buenos Aires. En las catorce naves trajimos de España también setenta y dos caballos y yeguas. Hallamos en esta parte asimismo un lugar donde vivían los indios llamados querandíes, de los que había cerca de tres mil hombres con sus mujeres e hijos, y éstas van vestidas igual que las charrúas, del ombligo hasta las rodillas. Nos trajeron de comer pescado y carne. Estos querandíes no tienen morada fija, sino que van vagando por el país, como entre nosotros los gitanos. Si se desplazan en verano, recorren a veces más de treinta leguas de tierras secas, donde no encuentran ni una gota de agua, y si acaso dan con un ciervo u otra caza, beben la sangre de los mismos. A veces descubren unas raíces que llaman cardos y los comen para apagar la sed. El hecho de que beban sangre se debe únicamente a que no tienen agua ni otra cosa, y de otra manera tendrían que morir de sed.

Durante dos semanas, estos querandíes compartieron todos los días con nosotros su pobreza de pescado y carne que trajeron al campamento, salvando tan sólo un día que no vinieron. Por eso nuestro capitán general Don Pedro de Mendoza envió a ellos un alcalde llamado Juan Pavón, con dos soldados (ya que el pueblo de los querandíes se encontraba a cuatro leguas de nuestro real).

Cuando dieron con ellos, se resistieron y maltrataron a los tres, de tal modo que tuvieron que volver molidos a palos. Al enterarse nuestro capitán general Don Pedro de Mendoza, y por el alboroto que causó la relación que hizo el alcalde en el campamento, mandó contra ellos a su hermano Don Diego de Mendoza, con trescientos soldados y treinta caballos bien equipados, y entre los cuales fui yo, con la orden de matar a los indios querandíes, capturarlos y ocupar su poblado. Sin embargo, cuando llegamos había más de cuatro mil hombres, pues habían pedido auxilio a sus amigos.

CAPITULO 8

Batalla con los indios querandíes

Cuando los atacamos, se resistieron con tanta fuerza que nos causaron grandes dificultades durante todo el día. Mataron a nuestro capitán Don Diego de Mendoza y a seis hidalgos, así como a unos veinte soldados de a caballo y de a pie. Por su parte perecieron cerca de mil hombres, peleando valerosamente como bien pudimos probar. Estos querandíes usan como armas unos arcos y dardos, que son una especie de media lanza con un pedernal aguzado en la punta. Usan también bolas de piedra atadas a una larga cuerda. Lanzando estas bolas a las patas de los caballos o ciervos, los hacen caer. Y de esta manera mataron a nuestro capitán y a los hidalgos, como yo mismo lo vi. A los soldados los mataron con los dardos. No obstante, pudimos vencerles y ocupar su poblado con la ayuda de Dios Todopoderoso, pero no logramos capturar a ninguno de estos indios: habían sacado del poblado a las mujeres y a los niños, antes de que los atacásemos. No encontramos sino pieles de nutria, mucho pescado, así como harina y grasa de pescado. Nos quedamos allí tres días y luego volvimos a nuestro campamento, dejando en el lugar cien hombres de los nuestros para que pescaran con las redes de los indios y abastecer a la tropa, pues las aguas son particularmente abundantes de peces.

Para comer se repartían seis onzas de grano al día, y cada tres días un pez. La pesca duró dos meses. Y si alguien quería comer más pescado, tenía que ir por él a cuatro leguas.

CAPITULO 9

De cómo se fortificó la ciudad de Buenos Aires y del hambre que se padeció

Cuando volvimos a nuestro real, dividieron a la gente según sus habilidades para la guerra y para el trabajo, y se construyó una ciudad con una defensa de terraplén de media vara de alto y tres pies de ancho, así como una casa fuerte para nuestro capitán dentro de ella. Sin embargo, lo que se levantaba hoy, se derrumbaba mañana, pues la gente no tenía nada de comer, padecía gran estrechez y moría de hambre. Ni siquiera los caballos pudieron remediarla. Era tanta la pobreza y el hambre que no había bastantes ratas, ratones, serpientes ni otros bichejos inmundos para aplacar el hambre tan grande e infame. No quedaron ni zapatos ni cuero alguno, todo se comía. Y sucedió que tres españoles robaron un caballo y se lo comieron. La cosa fue sabida y los prendieron y, sometidos a tormento, lo confesaron, y fueron condenados y ahorcados. Aquella misma noche, otros tres españoles se juntaron y fueron al cadalso donde estaban los ahorcados,

cortaron los muslos y otros grandes pedazos de carne y los llevaron para matar el hambre incontenible. Así, hubo también un español que por el hambre grandísima comió a su hermano muerto en la ciudad de Buenos Aires.

CAPITULO 10

De cómo algunos navegaron el río Paraná o río de la Plata arriba

Cuando nuestro capitán general Don Pedro de Mendoza vio que en este lugar la gente no podía mantenerse por más tiempo, mandó que se armasen cuatro barcos pequeños llamados bergantines, que se mueven con remos, para cuarenta hombres cada uno, además de otras tres embarcaciones que llaman botes. Una vez construidas y preparadas las siete embarcaciones, nuestro capitán general mandó juntar a la gente y envió a Jorge Luján con trescientos cincuenta hombres armados a remontar las aguas del Paraná y buscar a los indios, para que consiguiésemos comida y bastimentos.. Sin embargo, cuando los indios nos avistaron, no pudieron hacernos mayor bellaquería que quemar y destruir los víveres y provisiones, así como sus poblados, y darse a la fuga, para que no hallásemos nada de comer. Por ello se nos dieron tan sólo tres onzas de pan por día, de modo que la mitad de la gente se murió de hambre en esta jornada, y tuvimos que volver al lugar donde se encontraba nuestro capitán general Don Pedro de Mendoza. Este se admiró de ver regresar tan poca gente después de transcurridos sólo cinco meses, y pidió a nuestro capitán Jorge Luján le diese cuenta de por qué había desistido de la empresa; a lo que le manifestó que los que se quedaron habían muerto de hambre, y que los indios, como ya se dijo, habían quemado todos los alimentos, dándose a la fuga.

CAPITULO 11

De cómo la ciudad de Buenos Aires fue asediada, atacada y quemada por los indios

Después de lo ocurrido permanecimos todavía un mes en la ciudad de Buenos Aires con gran necesidad, esperando que se aprestasen los barcos. En esto, el año de 1535, los indios nos atacaron con grandes fuerzas, con cerca de veintitrés mil hombres de cuatro naciones diferentes: querandíes, bartenis, charrúas y timbúes. Su intención y propósito era matarnos a todos, pero, alabado sea Dios Todopoderoso que quiso salvar la mayoría de los nuestros, pues entre capitanes, alféreces y los demás soldados no perecieron sino treinta hombres.

Cuando vinieron sobre nuestra ciudad de Buenos Aires, unos la asaltaron, y otros arrojaron flechas incendiarias sobre las casas, las cuales, cubiertas de paja, ardieron, con excepción de la del capitán general que fue la única cubierta de tejas. Así quemaron nuestra ciudad con todas las casas.

Las flechas de los indios son de caña, y les prenden fuego en la punta antes de dispararlas. También conocen una madera de la que hacen flechas que, encendidas y disparadas, no se apagan, sino que prenden fuego a las casas cubiertas de paja y a todo lo demás que alcanzan.

De la misma manera, los indios, en un ataque, nos quemaron cuatro naves grandes que estaban surtas en el mar a media legua de distancias. La gente en estas naves, viendo el gran tumulto de indios, huyó a otros tres barcos que no estaban muy lejos, los cuales estaban pertrechados de bombardas, y como vieron arder las cuatro naves encendidas por los indios, repelieron el ataque disparando la artillería sobre los mismos. Cuando éstos se apercebieron de la artillería se retiraron dejando en paz a los cristianos. Y esto sucedió el día de San Juan del año 1535.

CAPITULO 12

Se hace un alarde y se construyen barcos para seguir adelante

Cuando había pasado todo, se mandó embarcar a la gente, y nuestro capitán general Don Pedro de Mendoza la confió, así como el mando, a Juan de Ayolas, nombrándole nuestro capitán general. Este hizo un alarde y halló que de los dos mil quinientos hombres que habían salido de España, sólo quedaban con vida quinientos sesenta, habiéndose muerto los demás, la mayoría de ellos de hambre.

Por de pronto, nuestro capitán general Juan de Ayolas hizo construir ocho bergantines y botes, y se embarcó con cuatrocientos hombres de los quinientos sesenta que habían quedado. Los otros ciento sesenta los dejó en los cuatro barcos para custodiarlos, poniéndoles por capitán a Juan Romero. Les entregó además provisiones para un año, debiéndose dar a cada uno de los soldados ocho onzas de pan por día, previniendo al que quisiese más que se lo buscase por su cuenta.

CAPITULO 13

De cómo remontaron el río Paraná o río de la Plata con cuatrocientos hombres

Embarcados en los bergantines y botes, Juan de Ayolas, nuestro alférez y los cuatrocientos hombres, entre ellos nuestro capitán general Don Pedro de Mendoza, remontamos las aguas del Paraná, hasta que encontramos unos pueblos de indios, después de dos meses de nuestra salida de Buenos Aires, a ochenta y cuatro leguas de esta ciudad. Cuando faltaban cuatro leguas para llegar a estos pueblos, que se llaman timbúes, y nosotros Buena Esperanza, vinieron pacíficamente a nuestro encuentro en unas canoas (pues viven en una isla), en las cuales cabrían dieciséis personas en cada una de ellas, no habiendo peligro alguno, ya que nosotros éramos cuatrocientos hombres. Al encontrarnos en medio del río, nuestro capitán Juan de Ayolas regaló al cacique de los indios, al que llaman Zehera-Guazú, una camisa, un bonete colorado, un hacha y otras cosillas. A continuación el dicho Zehera-Guazú nos condujo a su pueblo y nos dio de comer pescado y carne en abundancia, de que recibimos gran contento, porque, de durar el viaje diez días más, hubiésemos tenido que morir de hambre, como en esta parte del camino había sucedido con cincuenta de los cuatrocientos hombres.

Estos pueblos de los timbúes llevan en ambos lados de la nariz una estrellita de piedras blancas y azules. Son altos y bien parecidos. En cambio, las mujeres, jóvenes y viejas, son feas y tienen la cara arañada y siempre ensangrentada. Se cubren con un pequeño paño de algodón desde la

cintura hasta las rodillas. No comen ni han tenido jamás otra comida sino pescado y carne. Serán unos quince mil individuos o más.

Las canoas que utilizan se fabrican del tronco de un árbol que tiene ochenta pies de largo y tres de ancho, y las mueven con remos, como mueven en Alemania los pescadores sus barcas, sólo que sus remos no están chapados con hierros.

CAPITULO 14

Don Pedro de Mendoza vuelve a España, pero muere en el camino

En el dicho pueblo permanecimos cuatro años. Nuestro capitán general Don Pedro de Mendoza, que padecía de toda clase de dolencias, no pudiendo mover ni los pies ni las manos, y habiendo gastado ya cuarenta mil ducados en esta jornada, no quiso continuar por más tiempo con nosotros. Con dos bergantines regresó a Buenos Aires, donde se hallaban los cuatro barcos grandes, de los cuales tomó dos con cincuenta hombres y partió para España. A la mitad del camino, sin embargo, murió triste y miserablemente.

Antes de partir había convenido en enviar dos naves al Río de la Plata, tan pronto que él o las dos naves llegasen a España, lo cual mandó fielmente en su testamento, y así se hizo. Habiendo llegado las dos naves a España, y enterados los del Consejo de Su Cesárea Majestad, enviaron prontamente otras dos naves al Río de la Plata, con gente, bastimentos, mercaderías y todo lo demás.

CAPITULO 15

Alonso de Cabrera es enviado desde España al Río de la Plata

Iba por capitán de las dos naves Alonso Cabrera, que traía doscientos españoles y provisiones para dos años. Arribó a Buenos Aires el año 1539, donde aún permanecían los ciento sesenta hombres y los dos barcos que habíamos dejado allí. Cuando el capitán Alonso Cabrera subió ala isla de los timbúes para encontrarse con nuestro capitán Juan de Ayolas, decidieron despachar a una de las naves a España, de acuerdo con la orden de los del Consejo de Su Cesárea Majestad y darles puntual relación de esta tierra, pueblos y otras circunstancias.

Seguidamente, Juan de Ayolas, nuestro capitán general, entró en consejo con Alonso Cabrera, Domingo Martínez de Irala y otros capitanes, y resolvieron hacer un alarde. A su término hallaron que entre nosotros y los que acababan de llegar de España había quinientos cincuenta hombres. De éstos tomaron cuatrocientos, dejando ciento cincuenta con los timbúes, porque no había embarcaciones suficientes para llevarlos, y les dieron por capitán a Carlos Dubrin que había sido paje de Su Cesárea Majestad.

CAPITULO 16

Prosiguen la navegación remontando el Paraná hacia los curendas

Conforme a lo decidido por los capitanes, seguimos los cuatrocientos hombres Paraná arriba, con ocho bergantines, buscando otra corriente que por lo que dicen, se llama Paraguay, a las orillas del cual viven los carios, porque éstos tenían maíz, frutas y raíces de las cuales hacían vino, así como mucho pescado, carnes y ovejas tan grandes como mulos y también ciervos, puercos, avestruces, gallinas y gansos, como se dirá en el capítulo veinte. Así nos fuimos de los indios de la Buena Esperanza, con ocho bergantines, haciendo cuatro leguas el primer día, y llegamos a un pueblo de indios llamados curendas que se mantienen de pescado y carnes. Son unos doce mil hombres aguerridos que tenían un sinfín de canoas. Se parecen a los timbúes, con piedrecillas en las narices. Los hombres son bien parecidos, pero las mujeres, mozas y viejas, feísimas, con las caras arañadas y siempre ensangrentadas. Andan vestidas como las timbúes, es decir, con un pequeño paño de algodón desde la cintura hasta las rodillas, como se dijo antes. Estos indios tienen gran abundancia de pieles de nutria. Nos dieron pescado, carne y pieles a cambio de cuentas de vidrio, rosarios, peines, cuchillos y anzuelos. Allí permanecimos dos días. Luego nos entregaron a dos carios, cautivos suyos, para que nos enseñasen el camino y nos sirviesen de lenguas.

CAPITULO 17

Llegamos a los quiloazas y mocoretáes

Seguimos adelante y llegamos a la nación de los quiloazas, que son cerca de cuarenta mil guerreros, que se sustentan de pescados y de carne, y. tienen también dos piedrecillas en las narices. Hablan la misma lengua que los timbúes y viven a treinta leguas de la isla de los curendas, a orillas de una laguna de seis leguas de largo y cuatro de ancho, en la margen izquierda del río Paraná. Nos quedamos cuatro días con ellos, y compartían con nosotros lo que tenían, al igual que hicimos con ellos también.

Luego continuamos dieciocho días sin que encontrásemos a ningún otro pueblo. Después dimos con una nueva corriente que nos llevaba tierra adentro, y en esta parte hallamos a un gran pueblo que se llama mocoretáes, que no se alimentan de otra cosa sino de pescado y de poca carne. Son unos dieciocho mil guerreros, con muchas canoas. Nos recibieron bien a su manera y nos dieron de buena gana lo que tenían. Viven al otro lado del Paraná, en la orilla derecha. Hablan una lengua distinta, tienen piedrecillas en las narices y son altos y bien parecidos. Las mujeres, en cambio, son feísimas. Viven a sensenta y cuatro leguas de los quiloazas. Estando allí cuatro días detenidos, descubrimos en tierra una serpiente grandísima y monstruosa que medía veinticinco pies de largo y tenía el grosor de un hombre, con manchas negras y amarillas. La matamos de un disparo. Los indios que la vieron se admiraron, porque no habían visto nunca ninguna tan grande.

Decían que esta serpiente les había causado grandes daños, pues cuando se encontraban bañándose en el río, había envuelto con su cola a los hombres, y, hundiéndolos en el agua, los había comido luego, de modo que a menudo no supieron a donde había ido a parar más de un

indio. Yo mismo medí con mucho cuidado el largo y grueso de esta serpiente. Los indios la descuartizaron para llevarla a sus chozas y comérsela.

CAPITULO 18

De cómo llegamos a los zennais salvaisco y mepenes

Proseguimos nuestra navegación Paraná arriba durante cuatro días y llegamos a una nación llamada zennais salvaisco, que son gentes bajas y gordas que no se alimentan sino de carne, pescado y miel. Entre ellos los hombres, lo mismo que las mujeres, andan en cueros como sus madres los trajeron al mundo, no llevando nada, ni siquiera un hilo en el cuerpo para cubrirse. Este pueblo está en guerra con los mocoretáes. La carne que comen es de venado, jabalíes, avestruces y conejos que, con la excepción de la cola, se parecen a nuestras ratas.

Esta gente vive a dieciséis leguas de los mocoretáes, camino que hicimos en cuatro días. Como ellos mismos no tenían qué comer, nos detuvimos sólo una noche. Se parecen a nuestros ladrones, viviendo veinte leguas tierra adentro, con el fin de no ser sorprendidos por sus enemigos. En esta ocasión, sin embargo, habían llegado al río cinco días antes que nosotros, para pescar y hacer la guerra a los mocoretáes. Son cerca de dos mil guerreros.

De allí continuamos nuestro viaje y llegamos a una nación llamada mepenes, de unos diez mil hombres que habitan dispersos un territorio de cuarenta leguas de largo y de ancho. No obstante, pueden juntarse, por tierra o por agua, en dos días. A juzgar por las canoas, en las cuales cabrían hasta veinte personas, debían de ser más individuos de los que vimos. Este pueblo nos recibió de forma hostil en el agua con quinientas canoas. Pero no pudieron hacer gran cosa, pues matamos a muchos de ellos con los arcabuces; que nunca habían visto ninguno ni tampoco a ningún hombre blanco.

Cuando alcanzamos sus chozas, no pudimos quitarles nada, porque se encontraban a media legua del Paraná, donde estaban nuestros barcos, rodeadas por un agua tan profunda que no pudimos hacer nada. Únicamente quemamos y destruimos doscientas cincuenta canoas que encontramos. Por otra parte, tampoco podíamos alejarnos demasiado de nuestro barcos por temor de que los pudiesen atacar, y así volvimos a ellos. Estos indios mepenes, que están a noventa y cinco leguas de los zennais salvaisco, sólo pelean en el agua.

CAPITULO 19

Del río Paraguay y de los pueblos curemaguáes y agaces

Continuamos viaje durante ocho días, cuando, subiendo una corriente de agua, hallamos un numeroso pueblo de indios llamados curemaguáes que se alimenta tan sólo de carne y pescado; también conocen la algarroba de la que hacen vino. Este pueblo se nos ofreció en todo y nos dio cuanto necesitábamos. Los hombres como las mujeres son altos de estatura, y los hombres tienen la nariz perforada de un pequeño agujero, en que, por galanura, ponen una pluma de papagayo.

Las mujeres se pintan la cara con largas rayas azules que se mantienen toda la vida y cubren su desnudez con un paño pequeño de algodón, desde la cintura hasta las rodillas. De los mepenes a los curemaguáes hay cuarenta leguas. Nos detuvimos con ellos tres días.

Luego fuimos a otro pueblo de indios que se llaman agaces, cuyo alimento consiste igualmente en pescados y carne. Hombres y mujeres son altos y bien parecidos, pintándose las mujeres la cara como las curemaguáes y cubriéndose de la misma manera que éstas. Cuando dimos con ellos, se enfrentaron con nosotros queriendo pelea y estorbarnos el viaje.

Al darnos cuenta, y en vista de que no había manera, nos encomendamos a Dios y, formando en orden de batalla, los batimos en el agua y en tierra. Matamos a muchos, en tanto que ellos dieron muerte a quince de los nuestros. Los agaces son excelentes guerreros en el agua; en cambio, no lo son en tierra. Antes de pelear con nosotros habían retirado a sus mujeres e hijos, ocultando asimismo los alimentos y otras cosas, de modo que no pudimos tomarles nada. Lo que les sucedió luego, se dirá más adelante. Su poblado está situado en un río llamado Iepedy, al otro lado del Paraguay, que baja de las montañas del Perú, cerca de una ciudad que se dice Tuechkamyn. De los curemaguáes a los agaces hay treinta y cinco leguas de camino.

CAPITULO 20

De los pueblos carios

Después de abandonar a los agaces llegamos a la nación de los carios, a cincuenta leguas de aquellos, y allí Dios Todopoderoso en su bondad quiso que encontrásemos, como nos habían avisado, maíz, unas raíces blancas, que son las batatas y se parecen a las manzanas y tienen también el mismo sabor, y mandioca que sabe a castañas, de la cual sacan los indios su vino. También tienen en abundancia pescado y carnes, venados, jabalíes, avestruces, ovejas indianas, grandes como mulos, y conejos, gallinas y cabras, así como miel de la que se hace también vino. Asimismo hay mucho algodón.

Estos carios habitan una tierra grande y dilatada de cerca de trescientas leguas de largo y de ancho. Son gentes bajas y gordas, y aguantan más que los otros indios. Los hombres tienen un pequeño agujero en los labios, y en él colocan un cristal amarillo, que en su lengua llaman parabol, de dos palmos de largo y del grueso de un cañón de pluma. Este pueblo, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, andan desnudos como su madre los trajo al mundo.

Entre ellos el padre vende a su hija, el marido a su mujer, y a veces el hermano vende o trueca a su hermana. Una mujer puede costar una camisa, un cuchillo, una pequeña hacha o cosas parecidas. Los carios comen también carne humana, si pueden conseguirla, lo que sucede cuando en la guerra hacen prisioneros, sean hombres o mujeres, sean jóvenes o viejos, y los ceban como nosotros los cerdos. Si la mujer es joven y bonita, la mantienen durante un año o más, y si en este tiempo no les complace, la matan y celebran una gran fiesta y banquete como en nuestras bodas. Pero si llega a vieja, la dejan vivir hasta que se muere de una muerte natural.

Estos carios viajan con más frecuencia y más lejos que ningún otro pueblo de todo el Río de la Plata. Son excelentes guerreros en tierra, y sus poblados y ciudades se encuentran en parajes altos, cerca del río Paraguay.

CAPITULO 21

De la ciudad de Lambaré y cómo fue asediada y conquistada

Su ciudad, que los moradores llaman Lambaré, está rodeada de dos cercas de palos del grueso de un hombre, hincados una braza en la tierra, de doce en doce pasos. Lo que sobresale tiene la altura de un hombre con la espada alzada. A quince pasos delante de la valla tenían hechos unos fosos de una profundidad del tamaño de tres hombres, y en ellos habían clavado unas lanzas de una madera dura con puntas agudas como agujas, que no descuellan. Los fosos estaban cubiertos de paja, ramitas y un poco de tierra e hierbas, para que nosotros cayésemos en ellos al perseguirles o si quisiésemos asaltar su ciudad. Pero fueron ellos mismos los que, después de todo, cayeron en los fosos que habían construido. Cuando nuestro capitán general Don Juan de Ayolas fue contra la ciudad con todos los hombres armados y dispuestos en orden de batalla, que eran algo más de trescientos, ya que dejó sesenta en los bergantines para protegerlos, y llegando a un tiro de arcabuz de las huestes indígenas, éstas, en número de cuatro mil, armados de arcos y flechas, nos hicieron saber que, si volvíamos a nuestros barcos, nos proporcionarían bastimentos y lo que fuere menester, para que nos fuésemos en paz. Pero su ofrecimiento no fue del agrado de nuestro capitán general ni nos interesaba, ya que esta tierra y la gente nos convenía por la comida, particularmente porque en cuatro años seguidos no habíamos visto ni comido un bocado de pan, teniendo que contentarnos con pescado y carne, y éstos incluso con gran escasez a veces.

A esto, los carios tomaron sus arcos y nos dieron la bienvenida. Aún así, nosotros tampoco quisimos hacerles nada al principio. Antes les hicimos saber que permaneciesen quietos, que queríamos ser sus amigos. Pero ellos no quisieron hacer caso, porque todavía no habían probado nuestros arcabuces y armas, y cuando estuvimos cerca de ellos disparamos nuestra artillería. Cuando la sintieron, y viendo que mucha gente caía al suelo sin que se percibiese ninguna bala ni flecha alguna, salvo un agujero en el cuerpo, se dieron a la fuga atropellándose los unos a los otros como perros. Y al correr hacia la ciudad con tanto tumulto, cerca de trescientos cayeron en los fosos que ellos mismos habían preparado.

Luego de llegar a la ciudad, la atacamos, pero ellos se defendieron como pudieron hasta el tercer día, cuando ya no fueron capaces de resistir, y preocupados y temerosos por sus mujeres e hijos que tenían consigo, pidieron clemencia prometiendo vivir como nosotros quisiéramos, con tal de perdonarles la vida. En esta escaramuza murieron dieciséis hombres de nuestro lado. A nuestro capitán Ayolas le trajeron seis mujeres, la mayor de dieciocho años, seis venados y otras piezas y pidieron que nos quedásemos con ellos, y asignaron dos mujeres a cada soldado para que lavasen la ropa y cuidasen de nosotros. También nos dieron comida y lo que era menester para sustentarnos.

Así nos quedamos en paz.

CAPITULO 22

Constrúyese un fuerte en Lambaré, con el nombre de la Asunción. Los cristianos, con ayuda de los carios, van contra los agaces.

Después, los carios tuvieron que edificar para nosotros una casa grande de piedra, tierra y madera para que, si con el tiempo sucediese que se rebelasen, los cristianos tuviésemos un refugio y pudiésemos defendernos y protegernos. Tomamos este lugar el día de Nuestra Señora de la Asunción del año 1539, por lo que le dimos este nombre, y aún se llama así. Nos detuvimos allí dos meses. De los carios a los agaces hay cincuenta leguas y desde la isla de Buena Esperanza, donde viven los timbúes, alrededor de otras trescientas treinta y cuatro.

Así pues, hicimos una alianza con los carios, por la que se comprometieron a socorrernos con ocho mil hombres, para guerrear a los dichos agaces. Cuando nuestro capitán general se determinó, tomó a trescientos españoles y a estos carios y fuimos el río Paraguay abajo y luego unas treinta leguas por tierra, hasta que llegamos al lugar donde viven los dichos agaces, los cuales seguían en el mismo sitio donde los habíamos dejado, y los pillamos desprevenidos en sus chozas, cuando todavía dormían, entre las tres y las cuatro de la madrugada, después de que los carios los espiasen. Matamos a todos, jóvenes y viejos, pues los carios tienen la costumbre de no dejar a nadie con vida y no tienen compasión alguna cuando pelean y triunfan.

A continuación tomamos hasta quinientas canoas y quemamos todos los poblados que encontramos, causando grandes daños. A los cuatro meses vinieron algunos agaces que no eran de este lugar, ni habían participado en la escaramuza y pidieron clemencia. Nuestro capitán general tuvo que perdonarlos, según el mandato de Su Cesárea Majestad de indultar al indio hasta tres veces; sólo si violaba la paz por tercera vez, quedaba esclavo o cautivo toda su vida.

CAPITULO 23

Quedamos en Asunción, tomando información sobre la tierra, y continuamos río arriba

Permanecemos todavía seis meses en la ciudad de Nuestra Señora de la Asunción, holgando todo este tiempo. Entonces nuestro capitán general Don Ayolas (sic) mandó preguntar a los carios por un pueblo llamado payaguáes, y le contestaron que de la ciudad de Asunción hasta estos payaguáes había cien leguas de camino Paraguay arriba. Luego les hizo preguntar si estos payaguáes tenían bastimentos y de qué se sustentaban, qué gente era y cuáles eran sus costumbres y qué hacían, y le respondieron que no tenían otro alimento que pescado y carne y también algarroba, de la cual sacaban harina, que comían con el pescado, y vino que es tan dulce como nuestra aguamiel.

Después de que nuestro capitán general Don Ayolas (sic) recibió esta información de los carios, les ordenó cargar cinco barcos de maíz y de proveer otros bastimentos y que dicieran tal en dos meses. Entonces él y sus hombres se dispondrían a pasar primero a los payaguáes y luego a otra nación llamada carcaráes. A lo cual se ofrecieron los carios de ser sumisos y obedientes al

capitán y cumplir en todo su mandato. También ordenó nuestro capitán general que aparejaran los barcos, para que la jornada tuviese mayor éxito.

Cumplido lo mandado y aprestados los barcos de bastimentos y lo que era menester, nuestro capitán mandó juntar a la gente. De los cuatrocientos hombres bien armados escogió trescientos, dejando cien en la dicha ciudad de Asunción con los carios. Después remontamos el río y encontramos a cinco leguas de camino un poblado a orillas del Paraguay, cuyos indios nos trajeron toda clase de víveres como pescado y carne, gallinas, gansos y avestruces. Cuando llegamos al último poblado de los carios, llamado Guayviano y que está a ochenta leguas de la ciudad de Asunción, nos proveímos de vituallas y otras cosas que pudimos obtener.

CAPITULO 24

Del cerro San Fernando y de los payaguáes

De allí llegamos a un cerro al que llamamos San Fernando, que se parece al Bogenberg. Allí encontramos a los payaguáes, que viven a doce leguas de Guayviano. Vinieron pacíficamente a nuestro encuentro, aunque con falso corazón, como se sabrá más adelante. Nos llevaron a sus chozas y nos dieron pescado, carne y algarrobas, así que nos quedamos nueve días. Luego nuestro capitán general mandó preguntar a su principal si sabían de una nación llamada carcaráes, y éste le contestó que no tenían más conocimiento de este pueblo de lo que habían oído decir, que estaba lejos, tierra adentro, y que tenían oro y plata, pero que no habían visto a ninguno. Y nos decían además que eran gente entendida, como los cristianos, y que abundaban en maíz, mandioca, maní, batatas, cazabe, mandioca-poropí, mandiotín, mandioca-pepirá y otras raíces; en carne de oveja indiana o anta, que es un animal que se parece al burro, pero que tiene patas de vaca y un pellejo grueso y rudo; en ciervos, conejos, gansos y gallinas. Pero que ninguno de los payaguáes había visto jamás lo que contaban, que era sólo de oídas. Sin embargo, más tarde nos enteraríamos de lo que había realmente en todo esto.

Entonces nuestro capitán general pidió al principal algunos payaguáes para que le acompañasen, a lo que se ofreció y le dio trescientos que se fueron con nosotros, portando la comida y otras cosas. Y después de ordenarles que se preparasen para dentro de cuatro días, mandó destruir tres de los cinco barcos, dejando en los dos restantes cincuenta hombres, con orden de esperarle cuatro meses, y si en este tiempo no hubiese vuelto, que regresáramos con los dos barcos a la ciudad de Asunción.

Pero sucedió que en los seis meses que permanecimos con los payaguáes, no tuvimos noticias de nuestro capitán general Juan de Ayolas, y como tampoco nos quedaba bastimento alguno, tuvimos que regresar con nuestro capitán Domingo Martínez de Irala a la dicha ciudad de Asunción, como nuestro capitán general lo había mandado.

CAPITULO 25

El capitán general Don Juan de Ayolas marcha por tierra a los naperus y peysennes y es muerto a la vuelta con todos sus hombres

Incontinenti se dirá cómo nuestro capitán general Don Juan de Ayolas hizo el viaje y lo que le sucedió.

Después de partir de los payaguáes llegó a una nación llamada naperus, que son amigos y aliados de aquellos. No tienen sino pescado y carne. Son un pueblo numeroso. De estos naperus nuestro capitán general tomó algunos para que le sirvieran de guía. Y pasando por muchas y diversas naciones de indios, padecieron grandes fatigas y miserias. También encontraron fuerte resistencia, muriendo en este viaje casi la mitad de los nuestros, y cuando llegó a un pueblo llamado peysennes, no pudo seguir adelante y tuvo que retirarse, dejando con estos indios a tres españoles enfermos.

Así que nuestro capitán general Juan de Ayolas, que seguía sano, regresó con los demás, después de prepararse y de reposar tres días entre los naperus, pues la gente estaba cansadísima y débil; tampoco les quedaban municiones.

Al enterarse de ello, los naperus y los payaguáes hicieron una alianza para matar a nuestro capitán general Juan de Ayolas y los suyos, lo que en efecto consiguieron. Pues cuando nuestro capitán general y la gente tuvieron que atravesar a la fuerza una gran maleza, a mitad de camino fueron asaltados por sorpresa por los dos pueblos, que los atacaron a traición como perros rabiosos y acabaron con todos y con su capitán, que ninguno pudo salvarse.

CAPITULO 26

De cómo se enteran de que su capitán general estaba muerto y eligen en su lugar a Domingo Martínez de Irala

Los cincuenta hombres que habíamos regresado a Asunción para esperar a nuestro capitán y a los soldados, supimos lo ocurrido por un indio esclavo que los payaguáes habían regalado a Don Juan de Ayolas, que Dios haya. Este pudo escaparse por saber la lengua, y aunque nos contó todo el suceso desde el principio al fin, no queríamos creerlo.

Permanecimos todo el año en la dicha ciudad de Asunción, y no pudimos tener conocimiento ni noticias de lo que realmente había ocurrido con nuestra gente; sólo lo que los carios avisaron a nuestro capitán Domingo Martínez de Irala, que todos los nuestros habían sido muertos por los naperus y payaguáes, como era pública fama.

Aun así no queríamos creerlo, a no ser que escuchásemos de viva voz a uno de los payaguáes. Luego pasaron dos meses hasta que los carios trajeron a nuestro capitán a dos payaguáes que habían capturado. Y cuando nuestro capitán les preguntó si habían participado en la muerte de los nuestros, lo negaron diciendo que nuestro capitán general aún no había regresado.

Entonces nuestro capitán mandó al alcalde y al alguacil que les diesen tormento para que dijeran la verdad, y los atormentaron tanto que confesaron que nuestro capitán general con toda la gente habían sido cogidos de sorpresa y muertos por los naperus y payaguáes en medio de la selva, como se dijo más atrás. Por eso, nuestro capitán mandó atarlos a un árbol, rodearlos con una hoguera y quemarlos.

En el ínterin pensamos nombrar por capitán general al dicho Domingo Martínez de Irala, sobre todo porque se había mostrado piadoso para con la gente de guerra, hasta que Su Cesárea Majestad proveyese otra cosa.

CAPITULO 27

El capitán general pone presidio en Asunción, va contra los timbúes porque había gran desorden entre los salvajes, ocupa Corpus Christi y se traslada a Buenos Aires

Mandó luego nuestro capitán general que se aprestasen cuatro bergantines y ciento cincuenta hombres, dejando los demás en Asunción. Y nos hizo saber que quería traer a Asunción toda la gente, a saber, los ciento cincuenta hombres que quedaban con los timbúes, como se dijo, y también los ciento sesenta españoles que continuaban en Buenos Aires con las cuatro naves. Y así navegó Paraguay y Paraná abajo y llegó al lugar de los timbúes, que habíamos bautizado Buena Esperanza, y el fuerte, con nuestra guarnición, Corpus Christi.

Pero antes de llegar a los timbúes, algunos de los nuestros que nos estaban esperando, esto es, el capitán Francisco Ruiz, el presbítero Juan Pavón y un secretario de nombre Juan Hernández que estaban allí de tenientes de gobernador, se habían confabulado para dar muerte al principal de los timbúes y a algunos de sus indios. Y así, antes de que llegásemos con nuestro capitán general Domingo Martínez de Irala, cometieron la atrocidad de matar a los indios que largo tiempo les habían favorecido.

Cuando llegamos, nos asustamos mucho al saber que todos los timbúes habían huido, pero no pudimos hacer nada. Por eso, nuestro capitán general ordenó a Antonio de Mendoza, al que había dejado de capitán con ciento veinte hombres y bastimentos en Corpus Christi, que no se confiase en absoluto de los indios y que pusiese centinelas de día y de noche. Y si venían mostrándose amistosos, que los tratase bien y les ofreciese su amistad, pero que se cuidase mucho de ellos, y que evitase a los nuestros todo daño. Con lo cual volvió a embarcarse, llevándose consigo a los autores del homicidio, a saber Francisco Ruiz, el sacerdote Juan Pavón y [Juan] Hernández. Estando para partir, se presentó uno de los jefes de los timbúes que se llamaba Zaique Limy. Era éste gran amigo de los cristianos aunque se viera obligado a seguir a los suyos por su mujer, hijos y parientes. Avisó a nuestro capitán [Domingo Martínez de] Irala que se llevase consigo a todos los españoles, porque el país entero estaba en su contra, queriendo matarles y echarles de esta tierra. Nuestro capitán general Domingo Martínez de Irala le contestó que volvería pronto y que su gente bastaba para resistir a los indios, y le dijo además que se pasara a los cristianos con su mujer, hijos y familiares, prometiéndole el dicho Zaique Limy que así lo haría.

Luego nuestro capitán general Domingo Martínez de Irala se fue Paraná abajo, dejándonos solos allí.

CAPITULO 28

Los timbúes matan a traición a cincuenta de los cristianos. Estos abandonan Corpus Christi y se dirigen a Buenos Aires

Unos ocho días más tarde el dicho Zaique Limy envió a uno de sus hermanos llamado Sueblaba, pidiendo alevosamente a nuestro capitán Antonio de Mendoza, que le diera seis cristianos con arcabuces y otras armas para pasarse con toda su hacienda y los suyos a vivir en adelante con nosotros. También mandó decir que tenía gran miedo de los timbúes y que de otra forma no podría sacar a salvo sus bienes. En suma, se ofreció como amigo, prometiendo traernos bastimentos y otras cosas en abundancia. Sin embargo, todo esto no era sino engaño y bellaquería. Nuestro capitán no le dio seis hombres sino cincuenta con arcabuces y otras armas, advirtiéndoles que estuvieran atentos y prevenidos, para que los indios no les causasen ningún daño. Hasta los timbúes no había más de media legua. Cuando nuestros cincuenta hombres llegaron a las chozas de la plaza, los timbúes salieron y les dieron el beso de Judas. También les trajeron de comer pescado y carne. En esto que estaban comiendo, cayeron sobre ellos ayudados por amigos y otros timbúes escondidos en las casas y en las rozas, y les bendijeron la comida de tal modo que no se salvó ninguno, excepto un muchacho llamado Caldero, el único que pudo escapar. Seguidamente vinieron sobre nosotros con diez mil hombres y pusieron cerco a nuestro fuerte durante catorce días, para acabar con nosotros. Pero Dios Todopoderoso lo remedió impidiendo su propósito. Con las espadas que habían quitado a los españoles, habían fabricado unas lanzas con las cuales nos atacaron asediándonos día y noche. Pero no consiguieron nada. Y sucedió que, pasados los catorce días, los indios nos asaltaron de noche con gran furia y con todas sus fuerzas, quemando nuestras casas; entonces nuestro capitán Antonio de Mendoza salió del portón armado de un montante. Había allí unos indios ocultos y al acecho que, tan pronto como nuestro capitán salió del portón, lo atravesaron con sus lanzas, cayendo muerto al punto.

En vista de que no les quedaba nada que comer, los indios no pudieron mantenerse allí por más tiempo, y así levantaron su campamento y se fueron.

Después de esto llegaron dos bergantines que nuestro capitán general Don Domingo Martínez de Irala nos enviaba desde Buenos Aires con bastimentos y vituallas, para que pudiésemos mantenernos hasta su llegada, lo que nos causó gran alegría. En cambio, los que habían venido con los bergantines sintieron gran tristeza por los españoles muertos.

Más tarde resolvimos de común acuerdo, que lo mejor sería no continuar por más tiempo en Corpus Christi con los timbúes. Y así bajamos el río hasta Buenos Aires, donde nos reunimos con nuestro capitán general Domingo Martínez de Irala. Este se sobresaltó mucho y se mostró sinceramente afligido por la gente que había muerto. No sabía qué hacer con nosotros, ya que no nos quedaba nada de los bastimentos.

CAPITULO 29

Llega una nave de España con gente nueva a Santa Catalina adonde navegamos con una galera

A los cinco días de estar en Buenos Aires llegó una carabela de España, que nos trajo la nueva de que en Santa Catalina había arribado una nave en que venía por capitán Alonso Cabrera con doscientos hombres. Tan pronto como nuestro capitán general supo la noticia mandó construir de dos barcos pequeños una galera y la envió con la carabela a Santa Catalina en el Brasil, que está a trescientas leguas de Buenos Aires. Por capitán puso a Gonzalo de Mendoza, con orden, caso de encontrar la dicha nave en Santa Catalina, de cargar uno de los barcos con arroz, mandioca y los bastimentos que le pareciesen.

Entonces este capitán Gonzalo de Mendoza pidió a nuestro capitán general Domingo Martínez de Irala que le diese seis soldados de quienes pudiese fiar, y éste se los concedió. Así me escogió a mí y a seis (sic) españoles y otros veinte.

Zarpamos de Buenos Aires, y en un mes llegamos a Santa Catalina. Allí encontramos la dicha nave que había venido de España y a su capitán Alonso Cabrera con toda su gente, de lo cual nos regocijamos mucho. Permanecimos dos meses allí y cargamos nuestros barcos con cuanto pudimos de arroz, mandioca y maíz. Después salimos de Santa Catalina con ambas naves y con el capitán Alonso Cabrera y toda su gente, rumbo a Buenos Aires. Hallándonos a veinte leguas del Paraná, la víspera de Todos los Santos, se juntaron las naves, preguntándose los unos a los otros si estábamos ya en el río Paraná. Y nuestro piloto decía que sí, y el de la otra decía que aún faltaban veinte leguas. Pues es costumbre en la mar que, navegando veinte (sic) o más naves, se reúnan al ponerse el sol y los pilotos se pregunten los unos a los otros cuánto han navegado y qué viento han de tomar para proseguir de noche y no separarse.

El río Paraná tiene en su desembocadura treinta leguas de ancho y esta anchura se mantiene unas cincuenta leguas arriba, hasta que se llega a un puerto llamado San Gabriel, donde sólo tiene dieciocho leguas de ancho. A esto, nuestro piloto volvió a dirigirse al de la otra nave, preguntándole si quería seguirle. Pero el otro le contestó que era de noche y por eso prefería quedar en la mar hasta el amanecer, pues no quería acercarse a la tierra durante la noche. Tenía más juicio este piloto que el nuestro, como se verá. Este siguió pues su rumbo, dejando atrás la otra nave.

CAPITULO 30

Sufrimos un naufragio; algunos llegan por tierra a San Gabriel, y de allí a Buenos Aires, donde embarcamos para Asunción

Así navegamos toda la noche y tuvimos una gran tempestad en la mar, hasta que alrededor de las doce o de la una, cuando aún no había amanecido, vimos tierra y, antes de echar el ancla, nuestra nave encalló, faltando todavía una buena legua hasta la costa.

No tuvimos otro remedio que encomendarnos a la clemencia y misericordia de Dios Todopoderoso. En la misma hora, nuestra nave se hizo mil pedazos, y se ahogaron quince hombres y seis indios. Algunos alcanzaron grandes tablas de madera. Yo y otros cinco compañeros nos salvamos sobre el mástil. De las quince personas que se ahogaron no pudimos hallar los cuerpos. Dios tenga piedad de todos nosotros.

Luego tuvimos que caminar cincuenta leguas. Con la nave se perdió nuestra ropa y también la comida, y así tuvimos que valernos de las raíces y frutas que hallamos en el campo, hasta que llegamos al puerto de San Gabriel, y allí encontramos la otra nave que había arribado treinta días antes.

Como en Buenos Aires refirieron nuestro infortunio al capitán general Domingo Martínez de Irala, éste y la gente quedaron apesadumbrados, pues nos tenían por muertos y mandaron decir algunas misas por nuestras almas.

Después de llegar a Buenos Aires, nuestro capitán general Irala mandó venir a nuestro capitán, con el piloto y el timonel, y si no hubiera habido grandes ruegos por él, le hubiera mandado ahorcar; así, sólo fue condenado por cuatro años a galeras

Reunida toda la gente en Buenos Aires, nuestro capitán general ordenó aprestar los bergantines y embarcar a la gente. Luego hizo quemar las naves y guardar los hierros, y después subimos otra vez por el Paraná y llegamos a la dicha ciudad de Nuestra Señora de la Asunción. Allí permanecimos dos años, esperando las órdenes de Su Cesárea Majestad.

CAPITULO 31

Procedente de España, Alvar Núñez Cabeza de Vaca llega a Santa Catalina y posteriormente a Asunción con trescientos españoles, y es recibido por gobernador

En esto vino de España un capitán general llamado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, al cual Su Cesárea Majestad envió con cuatrocientos hombres y treinta caballos en cuatro naves, dos grandes y dos carabelas. Al llegar las naves al puerto de Viza o Santa Catalina, en el Brasil, quiso cargar bastimentos, y, enviando dos carabelas a buscarlos a una distancia de ocho leguas, se levantó tal tempestad que se hundieron en la mar, salvándose tan sólo la gente que navegaba en ellas.

Cuando lo supo el capitán general Alvar Núñez Cabeza de Vaca, no quiso aventurarse a la mar con las otras dos naves grandes, y no siendo útiles, mandó destrozarlas y caminar por tierra hacia el Río de la Plata, hasta llegar a la ciudad de Nuestra Señora de la Asunción, con trescientos de los cuatrocientos hombres. Los otros habían muerto de hambre y enfermedades.

El dicho capitán general estuvo de camino ocho meses, habiendo trescientas leguas de Asunción hasta el lugar y puerto de Santa Catalina. Como Alvar Núñez trajo de España su gobernación otorgada por Su Cesárea Majestad, requirió a nuestro capitán general Domingo Martínez de Irala que le entregase el mando y que el pueblo le obedeciese, a lo que el capitán general Domingo

Martínez de Irala y toda la gente estuvieron prontos y obedientes, siempre que mostrase las provisiones de Su Cesárea Majestad. Sin embargo, el común no pudo averiguarlo, sino tan sólo los clérigos y uno o dos capitanes. Pero lo que sucedió con este capitán general, se sabrá más adelante.

CAPITULO 32

El gobernador hace un alarde y envía barcos río arriba a los surucusis y achkeres, a cuyo jefe ahorcan

El dicho Alvar Núñez hizo un alarde y halló entre todos ochocientos hombres. En este tiempo hizo también hermandad juramentada con Domingo Martínez de Irala, de modo que Irala seguía con la potestad de mandar a la gente, como antes. Luego el gobernador hizo aprestar nueve bergantines porque quería subir el río Paraguay, hasta donde pudiese. En aquel entonces, antes de estar aprestados los barcos, mandó delante tres bergantines con ciento quince hombres, para que fuesen lo más lejos que pudiesen y buscasen indios que tuviesen mandioca y maíz. Y les puso dos capitanes, llamados el uno Antonio Cabrera y el otro Diego Tovalina.

Llegaron primero a una nación llamada surucusis, que tenían maíz, mandioca y otras raíces como maní, que se parece a las avellanas, así como pescado y carnes. Los hombres llevan en los labios una gran piedra, como ficha de tablero; y las mujeres cubren sus partes. Allí dejamos los barcos con algunos compañeros de guardia y nos adentramos en la tierra durante cuatro días, y llegamos a un poblado de los carios, que eran unos tres mil hombres. Tomamos información de la tierra, y nos dieron buena cuenta. Luego regresamos a los barcos y bajando el río Paraguay llegamos a otra nación llamada achkeres, donde encontramos una carta de nuestro capitán general Alvar Núñez Cabeza de Vaca, el tenor de la cual era que se ahorcase al principal de los indios llamado Aracaré. Nuestro capitán cumplió al punto este mandato, de lo que resultó luego una gran guerra, como se dirá más adelante. Después de ocurrida la muerte del dicho indio, continuamos bajando el río hasta la ciudad de Asunción, y dimos cuenta a nuestro capitán general Alvar Núñez Cabeza de Vaca de lo que habíamos hecho y visto en esta jornada.

CAPITULO 33

Tabaré y los carios se arman contra los españoles; Tabaré es vencido

Después nuestro gobernador requirió al principal de los indios que vivía en Asunción, que le diese dos mil indios para subir el río con los españoles. Los indios se ofrecieron de buen grado a complacernos y obedecernos a nuestra voluntad. Sin embargo, aconsejaron a nuestro gobernador que mirase bien lo que hacía antes de entrar en la tierra, puesto que todo el país Tabaré y los carios se habían alzado con todas sus fuerzas contra los cristianos, porque Tabaré era el hermano de Aracaré que fue ahorcado por los cristianos, y quería vengar esta muerte en los españoles.

A esta advertencia, nuestro gobernador tuvo que abandonar la empresa para armarse y marchar contra sus enemigos. Con este fin acordó con Domingo Martínez de Irala, su hermano

juramentado, que éste tomase cuatrocientos españoles y dos mil indios y que fuera contra el dicho Tabaré y los carios para echarlos, tratándolos con benevolencia o matándolos. A tal mandato obedeció el dicho Irala, salió con la gente de la ciudad de Asunción y, avistándose con el enemigo, requirió de paz a Tabaré en nombre de Su Cesárea Majestad. Sin embargo, éste no quiso hacer caso, porque tenía reunida mucha gente, y había fortificado grandemente su poblado con empalizadas en tres órdenes alrededor y con muchos fosos grandes, como se dijo más largamente en el capítulo veintiuno. Pero nosotros sabíamos por espías todo esto.

Así estuvimos cuatro días hasta que desistimos, y el cuarto día, tres horas antes de amanecer, caímos sobre el poblado matando a todos los que estaban allí, y cogimos muchas mujeres, que nos fueron de gran ayuda. En esta escaramuza murieron dieciséis españoles, y hubo también muchos heridos. De nuestros indios quedaron no pocos en el sitio, habiendo en el lado de Tabaré hasta más de tres mil muertos.

Estando así las cosas, no tardó en venir Tabaré y su gente y pidieron clemencia y nos rogaron que les devolviésemos a sus mujeres y niños, que él, Tabaré, y su pueblo se someterían y servirían a los cristianos. Tal les concedió nuestro capitán general conforme al mandato de Su Cesárea Majestad.

CAPITULO 34

Dejando presidio en Asunción y remontando el río Paraguay llegamos al cerro San Fernando y a los payaguáes, guajarapos y surucusis

Después de hacer la paz regresamos por el río Paraguay hasta nuestro capitán general Alvar Núñez Cabeza de Vaca, y le dimos cuenta de lo que había sucedido. Entonces, éste pensó en llevar a cabo la empresa anteriormente proyectada, y así pidió a Tabaré, que ahora estaba pacificado, le diese dos mil indios bien armados para que le acompañasen, a lo que los indios se ofrecieron de buena gana, prometiendo ser obedientes todo el tiempo. Requirió a los carios cargar nueve bergantines, y, cuando todo estuvo a punto, tomó quinientos de los ochocientos hombres. A los trescientos los dejó en Asunción, y les puso por capitán a Juan de Salazar.

Luego el dicho nuestro capitán general Alvar Núñez Cabeza de Vaca navegó el río Paraguay arriba con quinientos españoles y dos mil indios. Estos tenían ochenta y tres canoas y nosotros nueve bergantines, y en cada uno iban dos caballos. Sin embargo, a los caballos se les hizo andar cien leguas por tierra, en tanto que nosotros fuimos por el agua, hasta que llegamos a un cerro llamado San Fernando. Allí embarcamos los caballos y proseguimos el viaje hasta que llegamos a nuestros enemigos los payaguáes. Pero éstos no nos aguardaban, sino que huyeron en seguida con sus mujeres e hijos, quemando antes sus chozas. A continuación anduvimos cien leguas sin encontrar pueblo alguno de indios, y después llegamos a una nación cuyos pueblos se llaman guajarapos, que tienen pescado y carne, y son una nación, con un territorio de más de cien leguas. Poseen tantas canoas que no se puede decir. Sus mujeres cubren sus partes. No querían tratar con nosotros sino que huyeron.

Llegamos luego a otra nación llamada surucucis, a noventa leguas de los guajarapos, los cuales nos recibieron amistosamente. Estos surucucis viven cada uno por separado con su mujer e hijos. Llevan colgado del lóbulo de la oreja un pequeño disco, como la ficha de tablero. Las mujeres tienen en el labio, hacia fuera, una piedra de cristal gris del largor y grosor de un dedo. Son hermosas y andan desnudas como su madre las parió. Tienen maíz, mandioca, batatas, pescado y carne en abundancia y son una gran nación.

Nuestro capitán mandó preguntarles acerca de otro pueblo llamado carcaráes y respecto a los carios. Sin embargo no pudieron informarle nada sobre los carcaráes, y de los carios decían que estaban en sus casas; mas todo era mentira.

A esto nuestro capitán mandó que nos aprestásemos, que quería entrar en el país, y, dejando ciento cincuenta hombres en los barcos con bastimentos para dos años, se llevó trescientos cincuenta españoles, los dieciocho caballos y dos mil indios o carios que habían salido de Asunción con nosotros. Y así nos adentramos en la tierra, sin hacer gran cosa, pues nuestro capitán general no era el hombre a propósito, y los capitanes y los soldados le eran hostiles, como él a su vez se mostró enemigo de la gente.

Caminamos dieciocho días, sin que viésemos ni a los carios ni otro ser humano, y no teniendo más comida, tuvimos que regresar a los barcos. Nuestro capitán general dio entonces orden a un español, llamado Francisco Rivera que siguiese adelante con otros diez españoles, por diez días, y si a los diez días no hallasen ningún pueblo, que volviesen a los barcos, donde estaríamos esperando. Pero encontraron una nación populosa que tenía maíz, mandioca y otras raíces. Mas los españoles no podían dejarse ver, y así regresaron para dar cuenta al capitán general. Este en persona quiso entrar de nuevo, pero tuvo que desistir por las aguas que se lo estorbaron.

CAPITULO 35

Hernando Rivera navega río arriba y llega a los guebecusis y achkares

Entonces dispuso un barco con ochenta hombres y, poniéndonos por capitán a Hernando Rivera, nos mandó remontar el río Paraguay, para buscar una nación llamada jarayes y entrar en la tierra por dos días y no más, y traerle relación del país y de los dichos indios. El primer día que partimos, a cuatro leguas de camino y a la otra orilla del río, dimos con una nación llamada guebecusis que viven en una isla de unas treinta leguas de largo y de ancho, rodeada por las aguas del río Paraguay. Tienen mandioca, maíz, maní, batata, mandioca-pepirá, mandioca-poropí, mandubí y otras raíces, así como pescado y carnes. Los hombres y las mujeres se parecen a los surucucis. Quedamos este día con ellos, y partimos de nuevo al siguiente, viniendo con nosotros estos indios con diez canoas. Nos mostraron el camino, y todos los días salían a cazar y a pescar dos veces y nos agasajaban con ello.

Así estuvimos de camino nueve días, cuando llegamos a la nación de los achkeres, encontrando mucha gente reunida. Tanto los hombres como-las mujeres son altos y grandes, como no los vi en todo el Río de la Plata. Estos achkeres están a treinta y seis leguas de los indios surucucis, y no comen más que pescado y carne. Las mujeres llevan cubiertas sus partes. Permanecemos con

estos achkeres descansando un día; luego los surucusis regresaron con sus diez canoas a su poblado. Entonces nuestro capitán Hernando Rivera pidió a los achkeres que nos enseñasen el camino a los jarayes, a lo que se mostraron dispuestos, y nos acompañaron con ocho canoas. Todos los días cazaban y pescaban dos veces para que tuviésemos bastante de comer.

La razón por qué esta nación se llama achkeres es ésta. El achkaré, es un gran pez que tiene un pellejo tan duro que ningún arma puede herirle, ni le atraviesan las flechas de los indios. Hace gran daño a los demás peces. Pone sus huevos en la tierra, a unos dos o tres pasos del agua; huelen a almizcle y son buenos para comer. Lo mejor de este pez es la cola, y por lo demás no hay nada nocivo en él. Vive todo el tiempo en el agua. En Alemania se le tiene por un animal dañino y venenoso y lo llaman cocodrilo.

CAPITULO 36

Llegan a los jarayes, donde son recibidos y tratados generosamente

A los nueve días de nuestra salida llegamos a los jarayes, que viven a treinta y seis leguas de los achkeres. Es una nación muy grande, pero todavía no eran aquellos con los que está el rey.

Estos jarayes, a los cuales llegamos entonces, llevan bigotes y en el lóbulo de la oreja traen un aro de madera, y la oreja está enrollada en este aro, que es cosa curiosa de ver. Los hombres tienen también una piedra ancha de cristal azul en los labios, que puede tener la forma de una ficha de juego, y en el cuerpo van pintados de azul desde arriba hasta las rodillas, como si de pantalones dibujados se tratase. Las mujeres van pintadas de otra manera, pero también de azul, desde los pechos hasta sus partes, y con mucho primor. Andan desnudas y son hermosas a su manera. Y acaso también pecan en la oscuridad.

Quedamos con estos jarayes un día para descansar, y después proseguimos, haciendo catorce leguas en tres días, hasta que llegamos al lugar donde vive el rey, del cual toman los habitantes el nombre de jarayes. Su territorio tiene sólo cuatro leguas a la redonda, pero posee también un poblado que se encuentra a orillas del río Paraguay.

Allí dejamos nuestros barcos con doce españoles de guardia, para tener un refugio cuando volviésemos, y ordenamos a los jarayes que estaban en este lugar que les hiciesen buena compañía, como en efecto lo hicieron. Permanecemos dos días en este lugar, preparándonos para el viaje y tomando lo que era menester. Luego cruzamos el río Paraguay y llegamos donde vive el rey.

Cuando nos aproximamos a una legua, en un campo llano, el rey de los jarayes vino pacíficamente a nuestro encuentro con doce mil hombres o más. El camino por el cual vinieron tenía ocho pasos de ancho y estaba profusamente sembrado de flores y hierbas, de modo que no se veía ni se podía encontrar piedra, palos o paja hasta el poblado. Traía el rey consigo también unos músicos cuyos instrumentos estaban hechos como nuestros caramillos. Igualmente había ordenado que se cazase a ambos lados del camino ciervos y otras salvajinas, y cazaron unos treinta venados y veinte avestruces o ñandúes, que era realmente cosa linda de ver. Cuando

llegamos al poblado, el rey señaló por aposento una casa a cada dos españoles, y condujo a nuestro capitán con sus peones al palacio. Yo estuve aposentando no lejos de la casa del rey. Después, el rey de los jarayes mandó a sus súbditos que trataran bien a los españoles y que nos dieran cuanto necesitábamos. Esta era la forma cómo, a su manera, este rey recibía en su corte, como el señor más grande de estas tierras. También hacen música durante la comida y cuando es ocasión, y entonces los hombres y las mujeres más hermosas deben bailar delante de él, lo que a los cristianos nos resultaba insólito. Este pueblo es igual que los otros jarayes de los cuales se ha hablado antes. Sus mujeres hacen grandes mantas de algodón, tan sutiles como el arrás, bordando en ellas diversas figuras en forma de ciervos, avestruces y ovejas indianas, según la destreza de cada cual. Duermen entre estas mantas cuando hace frío, se sientan sobre ellas, o les dan el uso que les parece. Estas mujeres son bellas y muy amorosas, afectuosas y muy ardientes, según me parece.

Allí nos quedamos cuatro días, y el rey preguntó a nuestro capitán cuál era nuestro deseo e intención y a dónde íbamos. Respondióle nuestro capitán que buscábamos oro y plata, a lo que el rey le dio una corona de plata que pesaba un marco y medio poco más o menos, además de una plancha de oro que tenía un palmo de largo y medio de ancho, así como un brazalete, que es medio arnés, y otras cosas más de plata, diciendo a nuestro capitán que no tenía más, y que las mencionadas piezas las había ganado y conquistado hacía tiempo en una guerra contra las Amazonas.

Cuando nos habló de las Amazonas y de su gran opulencia, tuvimos gran contento, y al punto nuestro capitán preguntó al rey si podríamos llegar allí por agua y qué lejos estaban. Este nos dio por respuesta que no podríamos llegar con los barcos, sino que deberíamos marchar por tierra y que tendríamos que viajar dos meses seguidos. Después de escuchar la relación del rey quedamos totalmente determinados a marchar a las Amazonas, como se dirá más adelante.

CAPITULO 37

Descripción de las mujeres Amazonas. Salimos en su busca y llegamos a los Siberis y Orthueses

Estas Amazonas son mujeres, y sus maridos vienen a verlas tres o cuatro veces al año. Si una mujer queda embarazada de un niño varón, lo manda al hombre; pero si es hembra, se la queda y le quema el pecho derecho para que no pueda crecer. Y la causa por lo que, hacen tal es que utilicen mejor las armas y los arcos, pues son mujeres belicosas que hacen la guerra contra sus enemigos. Viven estas mujeres en una isla rodeada de agua, y es una gran isla. Si se quiere llegar a ellas, hay que ir en canoas. Pero en esta isla las Amazonas no tienen oro ni plata, sino en Tierra Firme, que es donde viven los hombres. Allí tienen grandes riquezas. Son una gran nación y tienen un rey que debe llamarse Iñis, igual que el lugar que se nos indicó.

Entonces nuestro capitán Hernando Rivera pidió al rey de los jarayes que nos diese algunos de su pueblo que nos llevaran el bagaje, porque quería entrar en la tierra y buscar los dichos Amazonas. El rey estaba dispuesto a complacerle, pero nos indicó que en esta época el país estaba anegado y que no era tiempo para viajar. Pero nosotros no queríamos creerlo, sino que le requerimos los

indios, a lo que dio, para la persona de nuestro capitán, veinte hombres que tenían que llevarle su bagaje y comida, y a cada uno de nosotros nos dio cinco indios que debían atendernos y portar lo nuestro, ya que teníamos que viajar por, ocho días, durante los cuales no encontraríamos indio alguno.

Así llegamos a una nación cuyos pueblos se llaman siberis, semejantes a los jarayes en lengua y otras cosas.

Estos ocho días caminamos día y noche con el agua hasta la rodilla, y, a veces, hasta la cintura, y no podíamos salir de ella. Cuando queríamos hacer fuego, colocábamos grandes leños unos sobre otros, y arriba, en lo alto, encendíamos la llama. Y aún ocurría, a veces, que la olla donde se cocía nuestra comida se caía al agua con la lumbre, y nos quedábamos sin comer. Tampoco tuvimos sosiego, ni de día ni de noche, por las moscas diminutas que no nos dejaban hacer nada.

Preguntamos a los siberis si tendríamos agua en adelante, y nos respondieron que deberíamos proseguir cuatro días por el agua y después otros cinco por tierra, luego llegaríamos a una nación llamada orthueses. Y siendo nosotros pocos, nos dieron a entender que nos volviésemos. Pero no queríamos hacer caso a los jarayes, que nos habían acompañado hasta allí, sino que los mandamos de vuelta a su poblado. Sin embargo, ellos no querían porque su rey les había mandado que no se separasen, sino que permaneciesen con nosotros y nos esperasen hasta que regresásemos del país. Entonces los dichos siberis nos dieron diez hombres para que, además de los jarayes, nos enseñasen el camino a los dichos orthueses. Así proseguimos por más de siete días con el agua hasta las rodillas; y este agua era tan caliente como si hubiese estado sobre el fuego. También tuvimos que beberla, porque no teníamos otra. Pero no se debe pensar que fuera agua de río; es que en esta época había llovido mucho y el país estaba anegado, pues es una tierra llana. Lo bien que nos sentó este agua se sabrá más adelante.

A los nueve días, entre las diez y las once de la mañana, nos acercamos a los orthueses, y alrededor del mediodía llegamos al centro de su poblado, donde estaba la casa de su principal.

En aquel tiempo hubo una gran mortandad entre ellos, a causa del hambre, porque la langosta les había comido y devastado dos veces la mies y los árboles, que no les quedaba nada para comer. Cuando los cristianos nos enteramos, nos asustamos grandemente, y como tampoco teníamos mucho para comer, no pudimos detenernos por largo tiempo en esta tierra. Entonces nuestro capitán preguntó a su principal cuánto nos faltaba para llegar a las amazonas. Este nos respondió que tendríamos que viajar todavía un mes, y que el país estaba inundado, como luego resultó ser verdad.

El principal de los orthueses dio a nuestro capitán cuatro planchas de oro y cuatro aros de plata, que se colocan en los brazos; las planchas, en cambio, las llevan los indios de adorno en la frente, como nuestros grandes señores llevan cadenas de oro alrededor del cuello. A cambio de estas piezas nuestro capitán dio al principal de los indios hachas, cuchillos, rosarios y tijeras y otras cosas que se hacen en Nuremberg. Hubiéramos querido exigir más de los indios, pero no pudimos hacerlo con descaro, porque los cristianos éramos pocos, por lo que tuvimos que temerles. Era tanta gente, que en todas las Indias no vi otro poblado tan grande, ni tantos indios

juntos, como en éste, que era muy largo y ancho. La mortandad de los indios fue ciertamente una suerte para nosotros; de otra manera los cristianos quizás no hubiésemos escapado con vida.

CAPITULO 38

Vuélvense a su capitán general quien les arrebató su botín, y se rebelan

Luego nos volvimos a los dichos siberis, andando muy mal provistos de bastimentos. No teníamos otra cosa de comer que un árbol que se llama palmito, cardos y otras raíces silvestres que crecen bajo la tierra. Y cuando llegamos a los jarayes, la mitad de nuestra gente estaba enferma de muerte, a causa del agua por el cual habíamos pasado durante treinta días, sin poder salir de ella, y también por la gran escasez y hambres que habíamos aguantado y sufrido en este viaje, a lo cual contribuyó no poco ese agua asquerosa que tuvimos que beber. Nos detuvimos cuatro días con los jarayes, allá donde estaba el rey, y éstos nos trataron muy bien y nos cuidaban. Y el rey había ordenado a sus súbditos que nos diesen todo lo que necesitásemos.

En este viaje cada uno de nosotros ganó más de doscientos ducados sólo en mantas indianas de algodón y plata que a escondidas rescatábamos con cuchillos, rosarios, tijeras y espejos.

Volvimos luego a descender por el río a encontrar a nuestro capitán general Alvar Núñez. Después de que llegamos, el dicho capitán general mandó que, so pena de muerte, no bajásemos de los barcos. El mismo vino en persona a nosotros y mandó prender a nuestro capitán Hernando Rivera, y a los soldados nos quitó todo lo que habíamos ganado y traído del país. Además de esto, se mostró dispuesto a hacer colgar de un árbol a nuestro capitán Hernando Rivera. Cuando nosotros, que todavía estábamos en los bergantines, nos enteramos, nos amotinamos contra nuestro capitán general, con otros buenos amigos que teníamos en tierra, y le dijimos cara a cara que dejase suelto y libre a nuestro capitán Hernando Rivera y que nos restituyera todo lo que nos había robado y quitado a la fuerza, que de otro modo veríamos lo que habíamos de hacer.

Cuando Alvar [Núñez Cabeza de Vaca] vio el motín y nuestra cólera, se dio por contento con poder soltar a nuestro capitán y de devolver lo que antes nos había quitado, y dio buenas palabras, sólo para que quedásemos sosegados. Lo que fue de él se dirá más adelante.

Cuando todo terminó y hubo paz otra vez, nuestro capitán general pidió al capitán Rivera y a nosotros que le diésemos relación de dicha tierra, y que le explicásemos lo que nos había sucedido y por qué habíamos tardado tanto tiempo en volver. A todo esto le dimos buena cuenta y respuesta suficiente, de que quedó contento.

La causa de que nos recibiese tan malamente, como se dijo, y nos quitara lo que con grandes fatigas habíamos conseguido y conquistado, fue que no cumplimos su mandato, ya que nos había ordenado expresamente que no fuésemos más allá de los jarayes y que de allí entrásemos sólo dos jornadas al interior del país, y que luego nos volviésemos para traerle puntual relación de todos los lugares por donde habíamos pasado. Y nosotros, no obstante, habíamos seguido adelante adentrándonos en el país treinta jornadas.

CAPITULO 39

El capitán general Alvar Núñez es aborrecido por los soldados a causa de su soberbia. Manda dar muerte sin razón alguna a los surucuis

Luego de hecha la relación, nuestro capitán general se determinó a ir con toda la gente a aquella tierra donde habíamos estado. Los soldados, en cambio, nos negamos a aguantarlo sobre todo porque en esta época esa tierra estaba inundada de agua. Por otra parte, había otro impedimento, y es que la mayoría de la gente que había hecho con nosotros la jornada a los orthueses, estaba débil y enferma por el agua que tuvimos que atravesar durante tanto tiempo. Por todo esto, el dicho capitán general no gozaba de particular reputación entre los soldados, ni éstos le profesaban gran afecto, pues era un hombre que en su vida no había tenido ni mando ni gobierno.

Así pues permanecimos dos meses con los dichos surucuis, durante los cuales le dieron unas calenturas de las que estuvo enfermo. Poco nos hubiese importado que se muriese entonces, porque era malquisto por todos.

En esta tierra de los surucuis no he encontrado a ningún indio que hubiese cumplido cuarenta o cincuenta años, ni en toda mi vida he visto un país más insano que éste, pues se encuentra en el trópico de Capricornio, donde el sol está en lo más alto. Es una tierra tan malsana como Santo Tomé. Allí entre los surucuis volví a ver el Carro, llamado también Plaustrum o Ursa maior, porque esta estrella la habíamos perdido cuando pasamos la isla de Santiago y las Islas de Cabo Verde.

En esta su enfermedad, nuestro capitán general mandó que ciento cincuenta cristianos y, con ellos, dos mil carios, que envió con cuatro bergantines, se fuesen a la isla de los surucuis, a cuatro leguas de distancia, y que matasen o prendiesen a todos, especialmente a las personas de cuarenta a cincuenta años.

Ya se hizo relación de cómo los surucuis nos habían recibido. De cómo se lo agradecemos se sabrá incontinenti, y sabe Dios que les hicimos gran agravio.

Cuando llegamos de improviso a su poblado, salieron de sus chozas a recibirnos con sus armas, arcos y flechas, pero pacíficamente. De pronto surgió una pendencia entre los carios y los surucuis. A esto los cristianos disparamos nuestros arcabuces sobre ellos y matamos a muchísimos y cautivamos a cerca de dos mil hombres, mujeres, muchachos y muchachas y les quitamos todo cuanto pudimos arrebatarles, como suele suceder en estos casos. Luego regresamos a nuestro capitán general, que se holgó mucho del negocio.

Estando la mayor parte de nuestra gente enferma y la restante enojada con nuestro capitán general, no pudimos hacer nada, y así bajamos por el río Paraguay y llegamos a nuestra ciudad de Asunción, donde habíamos dejado a los demás cristianos. Allí, nuestro capitán general volvió a enfermar de fiebre y quedóse catorce días en casa, más por picardía y soberbia que por enfermedad, ya que él no les agradaba a los soldados, ni se mostraba para con ellos como es debido.

Pues un señor o capitán general que quiere regir un país, ha de mostrarse afable tanto con el más grande, como con el más pequeño. Y a tal hombre le conviene preciarse y mostrarse más discreto y entendido que aquellos a los que tiene que gobernar, si quiere ser respetado. Porque es harta desgracia que uno quiera subir a dignidades sin ser prudente, y que se hinche de soberbia y desprecie a los demás. Pues todo capitán es recibido por sus soldados y no los soldados por su capitán.

CAPITULO 40

Alvar Núñez Cabeza de Vaca, capitán general de los españoles es preso por su gente y enviado a Su Cesárea Majestad. Se elige capitán general a Domingo Martínez de Irala

A la vista de que este nuestro capitán general no se hacía respetar, sino que quería porfiar en todas las cosas, el común, hidalgos y villanos, celebraron consejo y determinaron prender a su capitán general Alvar Núñez Cabeza de Vaca y enviarle a Su Cesárea Majestad, con relación de sus altas prendas y de cómo se había conducido con nosotros y cómo había gobernado, con otras razones más.

Conforme a lo pactado, el contador, el tesorero y el secretario por Su Majestad, a saber Alonso Cabrera, Francisco de Mendoza y García Vanegas, tomaron doscientos hombres y prendieron a Álvaro nuestro capitán general cuando menos lo esperaba. Y esto sucedió el día de San Marcos del año 1543, en abril y le tuvieron preso un año entero, hasta que se aparejó un barco, que se llama carabela, con bastimentos, gentes y lo que es menester para la navegación, y enviaron al dicho capitán general a Su Cesárea Majestad con otros dos caballeros.

Después de lo ocurrido, fue preciso elegir en su lugar otro capitán general que gobernase la tierra y a la gente, hasta que Su Cesárea Majestad proveyese otra cosa. Por ende nos pareció que se eligiese por capitán a Domingo Martínez de Irala, que había gobernado antes, y también porque era bienquisto por los soldados. Con ello quedó contenta la mayor parte de ellos, aunque había algunos que eran amigos del anterior capitán general, y no les gustaba éste. Pero esto no nos preocupaba.

En aquel tiempo estuve enfermo de hidropesía y muy débil, a causa de la, jornada a los orthueses, cuando tuvimos que andar tanto tiempo por el agua, padeciendo además gran escasez y hambre. En este viaje enfermaron ochenta, de los cuales sólo treinta escaparon con vida.

CAPITULO 41

Discordia entre los cristianos. Disposición de los carios contra los mismos. Los jheperus y batatheis acuden en socorro de los cristianos

Después de que hubimos enviado a España a Alvar Núñez, los cristianos empezamos a reñir los unos con los otros, que ninguno deseaba el bien del otro, peleando día y noche. Y comenzó a

governarnos el diablo, que ninguno estaba seguro del otro. El haber enviado a Alvar Núñez a España fue el motivo de esta guerra que hicimos y mantuvimos los unos contra los otros durante un año entero.

Los carios, que hasta entonces habían sido nuestros amigos, tuvieron gran contento cuando se dieron cuenta de que los cristianos estábamos en desavenencias, deslealtades y pendencias. Por eso convinieron atentar contra nosotros y matarnos a todos. Pero Dios Todopoderoso no quiso que prosperase su propósito.

En este tiempo se levantó contra nosotros todo el país de los carios y también los agaces. Cuando llegamos a saberlo, tuvimos que hacer las paces, obligados por la necesidad, y también hicimos las paces con algunas otras naciones, como los jheperus y batatheis, que serían entre las dos cinco mil hombres. No comen sino pescado y carnes y son guerreros valientes, tanto en el agua como en tierra. Usan por armas dardos, que son largos como media vara, aunque no tan gruesos, y en la punta tienen un filo de pedernal. Además llevan al cinto un garrote del largo de cuatro palmos con un nudo en el extremo anterior. También porta cada uno de estos guerreros indios diez o doce palitos, o cuantos uno quiere, como un palmo de largo, y en la punta tienen el diente largo y ancho de un pez que se llama palometa y es parecido a las tencas. El diente corta como una navaja de afeitar. Lo que hacen con esto y cómo lo usan, se sabrá en seguida. Primero pelean con los dichos dardos, después corren detrás de sus enemigos y les lanzan el garrote entre las piernas para que tengan que caer al suelo. Luego no paran mientes de si está vivo o muerto, sino que le cortan al punto la cabeza con dicho diente, y lo hacen con tanta presteza, que uno no puede girar ni volver el cuerpo. Después guardan el diente debajo del cinto, o en lo que llevan a este efecto.

Ahora sabréis lo que hacen con las cabezas humanas y para que las utilizan. Luego de la escaramuza, cuando han conseguido una cabeza de la manera referida, la desuellan con el pelo y después disecan la piel, y la ponen sobre una estaca para recuerdo, como hacen nuestros caballeros o capitanes que colocan sus trofeos en las iglesias.

Pero volvamos a nuestro asunto. Fue entonces cuando llegaron los guerreros de los jheperus y batatheis con cerca de mil hombres, por lo que estuvimos bien contentos.

CAPITULO 42

Los cristianos, con ayuda de los jheperus y batatheis, vencen a los carios y conquistan Froemidiere y Carayba.

Partimos después de Asunción con nuestro capitán general y trescientos cincuenta cristianos y estos mil indios, de modo que cada uno de los cristianos tenía tres que le asistían, por disposición de nuestro capitán general. Llegamos a tres leguas del campamento de los carios, nuestros enemigos, cuyo principal se llamaba Macaria, que eran unos quince mil hombres, dispuestos en orden de batalla. Pero cuando nos aproximamos a una media legua, no quisimos atacarles este mismo día, porque estábamos cansados y, además, llovía muchísimo, así que nos detuvimos en el bosque donde habíamos pasado la noche.

El día siguiente, a las seis de la mañana, nos pusimos en marcha con nuestra gente, y a las siete llegamos a ellos, y peleamos hasta las diez, cuando tuvieron que huir y corrieron a un lugar, a cuatro leguas, que se llama Froemidiere, que habían fortificado. En la escaramuza quedaron muertos, del bando de nuestros enemigos, cerca de dos mil hombres, cuyas cabezas se llevaron los jheperus. Por nuestra parte murieron diez; los heridos los enviamos a la ciudad de Asunción. Luego perseguimos con todas las tropas a los enemigos hasta su poblado de Froemidiere, donde estaba el principal de los carios con su pueblo. El poblado fortificado estaba rodeado de tres órdenes de palizadas, a modo de muralla, con maderos del grosor de un hombre y de altura de tres brazas sobre el suelo, hincados en la tierra tanto como la altura de un hombre. Asimismo tenían preparados unos fosos, como los anteriormente descritos, y en cada foso estaban clavadas cinco o seis estacas pequeñas y aguzadas como agujas puntiagudas. Este lugar estaba muy bien fortificado, y en el mismo había gran número de guerreros. Así tuvimos que sitiario tres días, en los que no conseguimos hacerles nada ni vencerles. Pero con la ayuda de Dios Todopoderoso pudimos finalmente con ellos.

Hicimos grandes rodelas de los cueros de las ovejas llamadas «amidas», que son bestias grandes, casi como mulos, de pellejo gris y con patas como las vacas. Por lo demás se parecen a un asno, y son buenas para comer. De estas hay muchas en este país. El cuero tiene el grueso de medio dedo. De estas rodelas hicimos cerca de cuatrocientas. A unos de los indios jheperus le dimos una de ellas y a otros un hacha, y entre cada dos indios se colocaba un arcabucero. Luego volvimos a atacar el lugar por tres sitios, lo cual sucedió entre las dos y las tres de la madrugada, y antes de que pasasen tres horas quedaron desbaratadas y conquistadas las tres palizadas. Entramos con mucha gente en el lugar y matamos a muchos, sin perdonar la vida de los hombres, ni de las mujeres y niños. No obstante, los más de ellos se escaparon y huyeron a otro lugar llamado Carayba, que está a veinte leguas de Froemidiere. Fortificaron también este sitio y volviéronse a juntar en gran número. El dicho lugar se encontraba cerca de un gran bosque para que, en caso de que los cristianos lo conquistásemos, pudieran tenerlo de refugio, como se verá más adelante.

Después de que los cristianos, con nuestro capitán general Domingo Martínez de Irala y los dichos jheperus y batatheis, persiguiésemos a nuestros enemigos los carios hasta este lugar, donde llegamos hacia las cinco de la tarde, fuimos a acampar en tres sitios diferentes alrededor del mismo, dejando oculto durante la noche un destacamento de vigilancia en el bosque. En esto nos llegó desde Asunción el socorro de doscientos cristianos y quinientos jheperus y batatheis, pues en el mencionado lugar había habido muchos heridos entre cristianos e indios, los cuales tuvimos que hacer volver, para que viniera gente fresca. Por ende éramos cuatrocientos cristianos y mil trescientos jheperus y batatheis.

Sin embargo, nuestros enemigos habían fortificado Carayba con tantas palizadas y fosos como ningún otro lugar anterior. Además habían construido unos artefactos, hechos como las trampas de ratas, y si éstos hubiesen caído sobre nosotros, como ellos pretendían, cada uno de estos artilugios habría aplastado veinte o treinta hombres. Y aunque había muchos, Dios Todopoderoso se apiadó impidiéndolo, de modo que también les falló este intento.

Estuvimos sobre este lugar cuatro días, sin que hubiésemos podido adelantar nada, hasta que se presentó la traición que gobierna todas las cosas del mundo. Pues durante la noche vino a nuestro campamento y a nuestro capitán general Domingo Martínez de Irala un indio de estos carios, que había sido cacique y a quien le pertenecía dicho lugar, y pidió que no se quemase ni devastase su pueblo, y que además de darnos hombres, nos indicaría la forma de tomarlo. Nuestro capitán general le prometió que no recibiría ningún daño. Entonces el dicho cario nos mostró dos sendas en el bosque por las cuales podíamos llegar hasta el pueblo, y que cuando hiciese fuego dentro del mismo, habíamos de irrumpir en él.

Así, sucediendo todo a pedir de boca, entramos en el lugar y matamos a muchísimos. Los que se dieron a la fuga cayeron en manos de los jheperus, sus enemigos, que acabaron con la mayoría de ellos. Esta vez no tenían consigo a sus mujeres e hijos, sino que los tenían escondidos a cuatro leguas, en un gran bosque.

Los que se escaparon de esta escaramuza se refugiaron con otro indio principal que tenía por nombre Tabaré, y el lugar a donde huyeron se llamaba Hieruquizaba, y está a cuarenta leguas de Carayba. No pudimos perseguirles hasta allí porque, a su paso, habían devastado y perdido todo, para que no encontrásemos nada de comer. Por eso nos quedamos cuatro días en Carayba, curando a los heridos y para reponernos.

CAPITULO 43

*Vuelven a Asunción y se preparan para remontar el río. Toman Hieruquizaba.
Tabaré es perdonado*

Así nos volvimos a nuestra ciudad de Asunción, con ánimo de subir por el río y buscar el lugar de Hieruquizaba, donde vivía Tabaré, el cacique de los indios. A nuestro regreso a Asunción, nos detuvimos allí catorce días para proveernos de toda clase de municiones y bastimentos en todo lo que era menester para la jornada. Nuestro capitán general tomó gente de refresco entre los cristianos e indios, pues muchos de los soldados habían quedado heridos y enfermos.

Cuando estuvimos preparados, remontamos el río Paraguay al encuentro de nuestros enemigos en Hieruquizaba, con nueve bergantines y doscientas canoas y mil quinientos indios jheperus. De nuestra ciudad Asunción hasta Hieruquizaba, donde se habían refugiado nuestros enemigos de Carayba, hay cuarenta y seis leguas.

En este viaje se reunió con nosotros el dicho cacique de los carios que había traicionado el lugar de Carayba, y trajo consigo mil carios en socorro contra el dicho Tabaré.

Luego que nuestro capitán juntó toda la gente, por tierra y por agua, proseguimos hasta que llegamos a dos leguas de Hieruquizaba. Entonces nuestro capitán general Domingo Martínez de Irala envió a dos indios a los carios del lugar, y les mandó pregonar que los cristianos les exhortaban y requerían que se volvieran a su tierra, cada uno con su mujer e hijos, y que se sometiesen a los cristianos y les sirviesen como antes habían hecho, y si no, que él los arrojaría del país.

A esto respondió Tabaré el cacique de los carios, que notificasen a nuestro capitán general que él no le conocía, ni a él ni a los cristianos, que volviésemos de inmediato y si no que nos matarían. Además apalearon malamente a nuestros dos emisarios indios y les dijeron que se fuesen pronto del campamento, que les habían de dar muerte.

Cuando los carios volvieron a nuestro capitán general y le contaron lo que había sucedido y la respuesta que les habían dado, éste alzó el real con toda la gente y marchamos con gran fuerza contra ese Tabaré y los carios, poniéndonos en orden de batalla y distribuidos en cuatro cuadrillas.

Llegamos entonces a un río que en lengua india se llama Xejuy, que es tan ancho como el Danubio, y profundo como la mitad de un hombre, y en algunos sitios mucho más. A veces crece tanto que arría todo el país, y no se puede viajar.

En eso, cuando tuvimos que cruzar este río, estando el campamento de nuestros enemigos en el otro lado, se resistieron y nos hicieron grandísimo daño, así que, sin la ayuda de Dios Todopoderoso y sin nuestra artillería, nadie de los nuestros hubiese escapado con vida. Luego Dios Todopoderoso permitió que cruzásemos el río y que subiésemos a la otra orilla. Cuando los enemigos vieron que habíamos cruzado el río, se replegaron a su pueblo que está a media legua del mismo. Les perseguimos con tanta presteza que llegamos a su pueblo Hieruquizaba casi al mismo tiempo que ellos, y lo cercamos, de modo que nadie podía entrar ni salir. Luego nos armamos con nuestras rodelas de pellejo de «amate» y con hachas, como queda dicho. Y no estuvimos delante del dicho lugar más que de la mañana hasta la tarde, cuando Dios Todopoderoso quiso que los venciésemos y que ocupásemos su pueblo, matando mucha gente.

Sin embargo, nuestro capitán había mandado antes de que atacásemos, que no diésemos muerte a las mujeres y niños, sino que los cogiésemos cautivos. Así lo hicimos, y, conforme a su mandato, matamos a los hombres que pudimos alcanzar. No obstante, muchos se escaparon. Nuestros amigos los jheperus, empero, se llevaron mil cabezas de sus enemigos carios.

Después de lo ocurrido, los carios que lograron escapar vinieron con su principal a nuestro capitán general y pidieron clemencia y que les volviésemos a sus mujeres e hijos, que ellos, a cambio, querían ser nuestros amigos, como antes, y servirnos fielmente. Nuestro capitán general se lo otorgó y los acogió en paz. En adelante siguieron siendo buenos amigos nuestros en todo el tiempo que yo estuve en estas tierras. La guerra contra ellos duró un año y medio, hasta el 1546.

CAPITULO 44

Después de volver a Asunción se adentran en la tierra en busca de oro

Por ende regresamos a nuestra ciudad de Asunción, y allí permanecemos dos años enteros. Como en todo este tiempo no vinieron ningún navío ni nuevas de España, nuestro capitán general Domingo Martínez de Irala hizo decir a la gente que, si les parecía, él con algunos hombres

quería entrar en la tierra y ver si había oro y plata, contestándosele que fuera en el nombre de Dios.

A esto mandó reunir trescientos cincuenta españoles y les preguntó si querían marchar con él, que les facilitaría indios, caballos, ropas y los bastimentos necesarios, a lo que se ofrecieron gustosos para acompañarle. Incontinenti, nuestro capitán general mandó juntar a los principales de los carios, requiriéndoles que le acompañasen con dos mil hombres, y también ellos se ofrecieron dispuestos y obedientes.

En vista de la buena voluntad de la gente, nuestro capitán general se puso en marcha dos meses más tarde, y el año 1548 subió por el río Paraguay con siete bergantines y doscientas canoas. Los que no cupieron en los barcos fueron por tierra con ciento treinta caballos, hasta que nos volvimos a reunir cerca de un cerro alto y redondo llamado San Fernando, donde viven los dichos payaguáes. Allí nuestro capitán general mandó regresar a nuestra ciudad de Asunción cinco de los bergantines y las canoas. Los otros dos los dejó en San Fernando con cincuenta españoles, poniéndoles por capitán a Don Francisco de Mendoza. Les dejó también bastimentos y otras cosas necesarias para dos años, y les ordenó que le esperasen hasta su regreso y que tuviesen cuidado que no les sucediese lo que les ocurrió con el buen señor Juan de Ayolas muerto por los payaguáes.

Después nuestro capitán general prosiguió con trescientos cristianos, ciento treinta caballos y dos mil carios, y caminaron ocho días en que no hallaron ninguna nación. Al noveno día dimos con una nación cuyos pueblos se llaman naperus, que no tienen otra cosa de comer que pescado y carnes. Es un pueblo de gentes robustas y altas. Sus mujeres cubren sus partes. Del cerro San Fernando hasta allí hay treinta y seis leguas. En este lugar nos quedamos para pasar la noche. Luego emprendimos de nuevo la marcha y a los cuatro días llegamos a una nación cuyos pueblos se llaman maipais, que es una nación muy populosa y los que les están sujetos tienen que trabajar para ellos, pescar y hacer todos los demás trabajos que son menester hacerse, igual que nuestros rústicos que están sujetos a un señor noble.

Esta nación tiene gran acopio de maíz, mandiotín, mandioca-pepirá, mandioca-poropí, batatas, manícazabe, y otras raíces que sirven para comer. Tienen también ciervos, ovejas indianas, avestruces, patos, gansos, gallinas y otras aves. Los bosques están llenos de miel, de la cual hacen vino, y también sirve para otras necesidades. Cuanto más se entra en el país, tanto más fértil es la tierra. Así tienen todo el año maíz en las rozas y las dichas raíces.

Las ovejas, que llaman «amida», y de las cuales hay dos géneros, las domésticas y las montaraces, las usan como bestias de carga y como monturas. En esta jornada, yo mismo, por estar enfermo de una pierna, anduve más de cuarenta leguas a lomos de una de estas ovejas. En el Perú se trasportan sobre ellas las mercancías, como nosotros hacemos con las acémilas.

Estos maipais son altos, gallardos y belicosos. Todos sus esfuerzos y afanes están fijados en cosas de la guerra. Sus mujeres son hermosas y cubren sus partes. No trabajan en las rozas, ya que el hombre se ocupa del sustento, y ellas en casa no hacen otra cosa que hilar y tejer el algodón, guisar la comida y lo que place al marido, o a otros buenos compañeros, si son

requeridas, pero no quiero hablar más de ello. Quien no lo crea, que vaya allí y vea, que no encontrará otra cosa.

Cuando nos aproximamos a media legua de esta nación, salieron de su lugar, viniendo a nuestro encuentro, a un pequeño poblado. A nuestro capitán dijeron que nos quedásemos allí durante la noche para descansar, que nos traerían toda clase de comida. Sin embargo, lo hicieron por bellaquería y engaño, y para inspirarnos más seguridad le dieron a nuestro capitán general cuatro coronas de plata que se colocan en la cabeza, además de seis planchas de plata, cada una medio palmo de largo y otro de ancho, que para gala se atan en la frente, como ya se dijo. También le regalaron tres mujeres que no eran viejas.

Y descansando en este lugar pusimos centinelas después de cenar, para que la gente estuviese segura del enemigo, y nos fuimos a dormir. Poco después de medianoche, nuestro capitán general había perdido sus tres mozas, tal vez porque no pudo contentarlas a las tres, pues era un hombre de unos sesenta años. Quizás no se hubieran escapado, si nos las hubiese dejado a los peones. Por ello hubo un gran alboroto en el real, y tan pronto que amaneció, nuestro capitán general mandó que nos presentásemos todos con nuestras armas en su cuartel.

CAPITULO 45

*De los pueblos maipais, chanés, tohonnas, peionas, maygenos, morronos, poronos
y simenos*

A esto llegaron los indios maipais con dos mil hombres y querían atacarnos por sorpresa, pero no consiguieron nada, quedándose muertos en esta escaramuza cerca de mil de los suyos. Después huyeron y los perseguimos hasta su poblado, donde no hallamos nada ni a nadie, ni mujeres ni niños. Entonces nuestro capitán general despachó a ciento cincuenta arcabuceros y dos mil quinientos indios carios y siguió a los maipais a marchas forzadas durante tres días y dos noches, que nunca descansamos sino a mediodía, cuando comíamos, y por la noche reposábamos unas cuatro o cinco horas.

De esta manera hallamos el tercer día a los maipais, hombres, mujeres y niños, congregados en un bosque; pero no eran los que buscábamos, sino amigos suyos, y por eso no se inquietaron por nosotros, ni sabían que íbamos por ellos. Tuvieron que pagar inocentes por los culpables, pues cuando los alcanzamos, matamos a muchos y prendimos hombres, mujeres y niños, hasta cerca de tres mil individuos. Y si hubiese sido más de día que no de noche, ninguno de ellos hubiera escapado con vida, pues había mucha gente reunida en un cerro rodeado por un bosque. En esta escaramuza pillé de botín, además de otras cosas, diecinueve hombres y mujeres que no eran viejos, que en todo tiempo he puesto especial atención en los jóvenes que no en los vicios, y particularmente en las muchachas indias. Después de lo acaecido volvimos a nuestro campamento, y allí descansamos ocho días, ya que teníamos comida buena y suficiente.

A la nación de los maipais hay cincuenta leguas desde el cerro San Fernando, donde dejamos los barcos, y treinta y seis desde los naperus.

Después seguimos adelante y llegamos a una nación llamada chané, que está sujeta a los dichos maipais, del mismo modo que los rústicos en Alemania a sus señores. Por el camino hallamos muchos campos de cultivo de maíz, raíces y otros frutos más; que allí se encuentran frutos y comida todo el año. Cuando una cosecha está madura y recogida, la otra está sembrada. Así sucede que en este país se encuentra comida fresca durante todo el año.

Después de esto llegamos a otro poblado. Pero sus habitantes se escaparon cuando nos vieron. Allí descansamos dos días. En este lugar, que está a cuatro leguas de los dichos maipais, tuvimos comida más que de sobra.

De allí hicimos seis leguas en dos días, y llegamos a una nación llamada tohonna. No encontramos gente, pero si mucha comida. Estos pueblos están también sujetos a los maipais.

Continuamos luego otros cuatro días durante los cuales no hallamos gente alguna por el camino. Sin embargo, el séptimo día dimos con una nación cuyos pueblos se llaman peionas, a catorce leguas de los dichos tohonnas. Había mucha gente reunida, y su principal vino a nuestro encuentro pacíficamente con mucho gentío y pidió a nuestro capitán general que no entrásemos en el poblado, sino que nos quedásemos en el lugar donde nos recibió. Pero nuestro capitán general no quiso consentirlo, sino que, quisiéranlo o no, nos metimos derecho en el poblado. Allí hallamos suficiente comida y carnes, como gallinas, gansos, ciervos, ovejas, avestruces, papagayos, conejos, y otras cosas, ni que decir tiene maíz, así como raíces y otros frutos, que había en abundancia en este país. Sin embargo, no había mucha agua, ni oro ni plata. Tampoco queríamos hacer muchas preguntas, para que no huyesen las otras naciones que queríamos recorrer todavía. Con estos peionas permanecemos tres días, y nuestro capitán general se informaba por ellos de la naturaleza y condición del país.

Partimos de los peionas y seguimos adelante con un lengua que nos dieron para que nos enseñase el camino y dónde pudiésemos encontrar agua, pues en este país hay gran escasez de ella.

A las cuatro leguas llegamos a una nación que se llama maygenos, que son gentes solícitas y nos dieron toda clase de comida. Allí nos detuvimos un día y tomamos otro lengua y guía.

Después continuamos otras ocho leguas y vinimos a una nación cuyos pueblos se llaman morronos. Son mucha gente, y nos recibieron muy bien. Con ellos nos quedamos dos días y tomamos relación del país. De nuevo cogimos un lengua para que nos guiase.

De allí avanzamos cuatro leguas más y llegamos a una pequeña nación que se dicen poronos, que son unos cuatro mil guerreros. No tienen mucho de comer. Allí descansamos un día.

Del dicho lugar caminamos doce leguas y llegamos a otros pueblos que se llaman simenos, que reúnen gran número de gente. Su poblado se encuentra en un alto cerro y está rodeado de una especie de bosque de espinas, cual una muralla. Estos nos recibieron con sus arcos y flechas y nos dieron de comer cardos. Sin embargo, su soberbia duró poco, y pronto tuvieron que abandonar su lugar, después de que lo quemasen. Pero nosotros hallamos lo suficiente para comer en las rozas.

CAPITULO 46

De los barconos, layonos, carconos, suboris y peisenos

A dieciséis leguas de estos pueblos, que caminamos en cuatro días, vinimos a una nación que se dicen barconos. No se dieron cuenta de nuestra llegada; por esto no huyeron hasta que estuvimos próximos a su poblado y no pudieron escapar. Les requerimos que nos diesen de comer, y se ofrecieron a traernos gallinas, gansos, ovejas, avestruces, ciervos y otros alimentos para contentarnos. Nos detuvimos con ellos cuatro días tomando relación de la tierra.

De allí llegamos en tres días a una nación, cuyos pueblos se llaman layonos, que se encuentran del lugar anterior a doce leguas. No tenían mucho de comer, porque la langosta había devastado del todo los frutos. Allí pasamos sólo la noche. Luego marchamos dieciséis leguas en cuatro días, cuando llegamos a una nación llamada carconos. La langosta había atacado también allí, pero no había causado tantos daños como en el lugar anterior. Con ellos nos quedamos un día tomando relación de la naturaleza del país. Nos dijeron que durante veinticuatro o treinta leguas no encontraríamos agua alguna, hasta llegar a una nación que se llama suboris.

A estos suboris llegamos en seis días, muriéndose de sed mucha de nuestra gente, a pesar de que los carconos nos habían dado bastantes provisiones de agua.

En esta jornada hallamos en algunos lugares ciertas raíces que están fuera de la tierra, y tienen grandes hojas en las cuales se conserva el agua que no puede salirse, ni tampoco se gasta tan pronto, como si estuviese en un recipiente, habiendo en cada una como un cuartillo.

Cuando llegamos a estos suboris eran ya las dos de la noche. Trataron de huir con sus mujeres e hijos, pero nuestro capitán general les hizo señalar por medio del lengua que se quedasen en sus casas en paz y a salvo, y que no se preocupasen en absoluto por nosotros.

Estos suboris tenían grandísima escasez de agua, porque no había llovido en tres meses. Sin embargo preparaban una bebida de una raíz llamada mandioca-pepirá, y lo hacen de esta manera: meten estas raíces en un mortero y las machacan. Entonces sale un zumo semejante a la leche, y si hay agua puede hacerse también vino de estas raíces.

En este lugar no había más que un pozo, así que hubo que poner un centinela que vigilase el agua y tuviese buena cuenta de la misma. A mí se me mandó vigilar el pozo para que a cada uno se repartiase el agua según la medida que nuestro capitán general había dispuesto. Aun así había gran falta de agua. Por ello se preguntó poco por el oro y la plata, sino que todo el mundo clamaba tan sólo por agua. En este puesto me granjeé grandes favores, porque hacía la vista gorda. No obstante, debo añadir que no nos faltó el agua.

A lo largo y a lo ancho de este país no hay agua viva, salvo la que tienen las cisternas. Esta es también la causa por la cual estos suboris están en guerra con otros indios.

Permanecimos dos días con esta nación, y como no sabíamos lo que debíamos hacer, echamos a

suerte entre dos caminos, a saber, si debíamos retroceder o pasar adelante, y salió que prosiguiésemos. Entonces nuestro capitán general tomó información de la tierra y de las condiciones que en ella había. Nos dijeron que tendríamos que caminar seis días, y que luego llegaríamos a una nación cuyos pueblos se llaman peisenos, y que en el camino encontraríamos dos arroyos con agua buena para beber.

Entonces nos pusimos en marcha, llevándonos algunos de los suboris, que debían enseñarnos el camino. Pero después de que nos hubiésemos alejado tres días de su pueblo, se largaron de noche y no volvimos a ver a ninguno. Así tuvimos que buscar el camino nosotros mismos y llegamos finalmente a los pueblos peisenos. Estos se opusieron y no querían ser nuestros amigos, pero no les sirvió de nada. Con la ayuda de Dios fueron vencidos, y cuando alcanzamos su poblado, se dieron a la fuga. No obstante, en la escaramuza cogimos algunos que nos avisaron que habían tenido en su poblado a tres españoles, entre ellos uno llamado Jerónimo, trompeta, que Juan de Ayolas había dejado por enfermo cuando entró en la tierra con Don Pedro de Mendoza, como más largamente se contiene en el CAPITULO veinticinco. A estos tres españoles habían dado muerte cuatro días antes de que llegásemos, prevenidos por los peisenos, lo cual tuvieron que pagar muy caro.

Así estuvimos catorce días en su pueblo, y los buscamos por todas partes a la redonda, hasta que dimos con ellos, que estaban reunidos en el bosque. Pero no estaban allí todos. Capturamos una parte de los que encontramos y matamos a la otra. Los que capturamos nos declararon todas las condiciones de la tierra.

CAPITULO 47

De los pueblos maygennos y corcoquís

Cuando nuestro capitán general hubo tomado la relación, enterándose por los indios que teníamos cuatro jornadas o dieciséis leguas hasta otra nación que se llama maygennos, nos pusimos en camino y llegamos a los dichos pueblos maygennos. Se nos opusieron también y no querían recibirnos por amigos. Su poblado estaba en un cerro rodeado por un espinal, que era espeso y ancho y tan alto como un hombre puede alcanzar con la espada. Así los cristianos con los carios atacamos este lugar por dos puntos. Sin embargo, los maygennos mataron en la escaramuza a doce cristianos y algunos de nuestros carios y nos dieron mucha guerra antes de que pudiésemos tomar el poblado. No obstante, cuando vieron que entrábamos en el poblado, le pegaron fuego y se dieron a la fuga. Algunos, empero, tuvieron que dar el pellejo, pagando por sus compañeros.

Tres días después, unos quinientos carios se fueron a escondidas y sin que lo supiésemos, y se marcharon con sus arcos y flechas a dos o tres leguas de nuestro real, y cuando dieron con los maygennos huidos, las dos naciones pelearon de tal modo que quedaron muertos más de trescientos carios, y de los maygennos innumerables individuos, que no puede describirse, pues eran tantos que ocuparon una legua a la redonda.

Por ende los carios enviaron a pedir a nuestro capitán general que les socorriese, ya que los maygenos los tenían cercados en un bosque, que no podían avanzar ni retroceder.

Cuando nuestro capitán general lo supo, no tardó en reunir los caballos y a ciento cincuenta cristianos, así como a mil carios -la demás gente tenía que quedar en el campamento y guardarlo por si los maygenos cayesen sobre él en nuestra ausencia, y acudimos en socorro de los carios. Tan pronto que los maygenos nos vieron, levantaron el campamento y se dieron a la fuga, y aunque los perseguimos presurosos no pudimos alcanzarles. Lo que fue de ellos, se dirá más adelante.

Cuando llegamos nos admiramos no poco de ver tantos carios y maygenos muertos. Los carios que quedaron con vida, en cambio, recibieron gran contento de nuestra llegada y del socorro.

Volvimos con ellos al campamento y permanecimos allí cuatro días, pues en el lugar de los maygenos hallamos comida en abundancia, así como todo lo que necesitábamos.

Entonces nos pareció a todos que deberíamos reanudar la marcha para dar término a nuestro viaje, ya que en este tiempo habíamos aprendido, además, bastante de las condiciones de la tierra. Así partimos y caminamos trece días, recorriendo, en opinión de los que entendían de las estrellas, cincuenta y dos leguas, y llegamos a una nación cuyos pueblos son llamados corcoquís.

Durante los primeros nueve días de la marcha llegamos a una tierra, que tenía seis leguas de ancho y de largo, en la que no había sino sal, pura y buena, como si hubiese nevado. Esta sal se conserva bien en verano y en invierno. En esta tierra salina nos detuvimos dos días, porque no sabíamos qué camino debíamos tomar para rematar nuestro viaje. Sin embargo, con la ayuda de Dios Todopoderoso hallamos el camino correcto y así, a los cuatro días, llegamos a los dichos corcoquís, y, estando a cuatro leguas de su poblado, nuestro capitán general envió delante a cincuenta cristianos y cincuenta carios para que buscasen alojamiento.

Cuando entramos en el poblado, encontramos tanta gente reunida como no habíamos visto nunca en todo el viaje, de lo que nos entró gran miedo e hicimos volver a uno de los nuestros para que diese cuenta de ello a nuestro capitán general, y para que en precaución viniese en nuestro socorro.

Una vez que nuestro capitán general hubo recibido el mensaje, se puso en marcha aquella misma noche con toda la gente y se reunió con nosotros entre las tres y las cuatro de la madrugada. Los corcoquís, que no sabían que éramos más de los que estuvimos allí, tuvieron por cierta su victoria. Pero cuando se dieron cuenta y vieron que nuestro capitán general nos había seguido, se acobardaron. Y por ello nos mostraron su buena voluntad, ya que no pudieron hacer nada y, además, temieron por sus mujeres e hijos, y por su poblado. Por ende nos trajeron carnes de venado, gansos, gallinas, ovejas, avestruces, patos, conejos y otras carnes de salvajina y de aves, así como maíz, arroz y raíces que hay en abundancia en este país.

Los hombres allí traen también en sus labios una piedra redonda y azul, y tan ancha como puede ser una ficha de juego. Sus armas son dardos, arcos y flechas, además de rodela hecha del pellejo de «amida».

Sus mujeres tienen un pequeño agujero en los labios, en el cual meten un cristal verde o gris, y además llevan un tipoy, que está hecho de algodón, del tamaño de una camisa, pero sin mangas. Las mujeres son hermosas. No hacen otra cosa que coser y cuidar de la casa. Los hombres, en cambio, se tienen que ocupar de la labranza y de la comida.

CAPITULO 48

Del río y del lugar Macasíes que está próximo del Perú; de cómo mandan a dos a Potosí y hasta Lima

De allí nos fuimos, llevándonos algunos de los corcoquís para que nos enseñasen el camino. Sin embargo, a los tres días, también estos se escaparon a escondidas. No obstante, rematamos nuestro viaje. Llegamos a un río llamado Macasíes, que tenía una legua y media de ancho, y no conocíamos ningún paso seguro para cruzarlo. De todos modos nos imaginamos la manera de hacerlo, a saber: de dos en dos hombres armamos unas pequeñas balsas de troncos y ramas y bajamos la corriente hasta que llegamos al otro lado del agua. En esta travesía se ahogaron cuatro de nuestra gente.

Este río, que está a cuatro leguas del pueblo de Macasíes, tiene buenos peces y en la tierra hay muchos tigres.

Cuando nos aproximamos a una buena legua de los macasíes, estos vinieron a nuestro encuentro y nos recibieron muy bien, y empezaron a hablar en español, lo cual nos asustó mucho al principio. Les preguntamos por eso a quién estaban sujetos y qué señor tenían, a lo que contestaron que pertenecían a un hidalgo de España que se llamaba Pedro Anzures.

Después de que entramos en el poblado, vimos algunos hombres y también mujeres y niños que estaban llenos de bichos, que se parecían a las pulgas. Cuando éstos atacan a uno, se le meten entre los dedos del pie o en otra parte del cuerpo y van entrando y royendo, hasta que se convierten en gusanos, como los que hallamos en las avellanas. Si se previene a tiempo, no pueden causar daño, pero si se tarda demasiado, le comen a uno hasta los dedos del pie.

De la dicha nuestra ciudad de Asunción hasta este pueblo hay por tierra trescientas setenta y dos leguas, según la cuenta de los astrónomos.

Después de que descansamos allí unos veinte días, llegó del Perú, de una ciudad llamada Lima, una carta del supremo lugarteniente de Su Cesárea Majestad o Presidente, que a la sazón era el licenciado [Pedro] de La Gasca. Este es quien mandó cortar la cabeza a Gonzalo Pizarro con otros hidalgos y villanos, enviando a galeras a otros. El tenor de la dicha carta era éste: que por orden de Su Cesárea Majestad nuestro capitán general Domingo Martínez de Irala no pasase con la gente, so pena de muerte, sino que se detuviese con los macasíes esperando nuevas órdenes.

Pero esto se debía a que el gobernador desconfiaba de que nosotros pudiésemos hacer una rebelión contra él y tal vez juntarnos con aquellos que estuvieron con Pizarro y se habían

escapado huyendo. Si nos hubiésemos encontrado en los montes o en los bosques, como pudiera haber ocurrido, sí lo hubiésemos hecho.

Sin embargo, el dicho gobernador hizo un pacto con nuestro capitán general y le mandó grandes presentes para que éste estuviese contento y él salvase la vida. Todo lo cual se hizo sin saberlo los soldados, porque si no, le hubiésemos atado los pies y las manos y mandado al Perú.

Luego nuestro capitán general mandó cuatro compañeros al Perú, al gobernador. El primero fue un capitán, y se llamaba Nufrio de Chaves, el otro [Pedro de] Oñate, el tercero Miguel de Rutia y el cuarto [Pedro de] Aguayo [de Córdoba]. Estos cuatro compañeros llegaron al Perú en mes y medio, y primero a Potosí, luego al Cuzco, la tercera ciudad se llama La Plata y la cuarta Lima, que es la capital.

Cuando los cuatro compañeros llegaron a la primera ciudad llamada Potosí, quedáronse allí Miguel de Rutia y Aguayo por estar enfermos. Los otros dos, Nufrio y Oñate, tomaron caballos de posta y se fueron a Lima, al Presidente. Este les recibió muy bien y les tomó relación a los dos de la naturaleza y condición del Río de la Plata. Mando aposentarlos y tratarlos de la mejor manera. Y les regaló dos mil ducados a cada uno. Después el gobernador mandó a Chaves que escribiese a su capitán general que aguardase con la gente entre los macasíes, hasta nueva orden, que no hiciese agravio a los indios, no tomándoles nada, salvo la comida. Nosotros, sin embargo, sabíamos que tenían plata, pero como estaban sujetos y sometidos a un español no podíamos hacerles nada ni tomarles cosa alguna.

Sin embargo, el correo del gobernador fue interceptado en el camino por un español llamado Bernabé, por mandado de nuestro capitán general, ya que estaba preocupado de que pudiera venir del Perú otro capitán general para gobernar a su gente. Por eso nuestro capitán general mandó al dicho Bernabé que, de haber cartas, que las llevase consigo a la tierra de los carios, como así ocurrió.

CAPITULO 49

De la fertilidad de la tierra de Macasíes y de cómo volvieron al punto donde habían dejado los barcos

Es menester recordar que la tierra de los macasíes es tan fértil que en todo nuestro viaje no hallamos ni vimos otra igual. Porque, si un indio sale al bosque y hace con el hacha un agujero en el primer árbol que encuentra, manan unos cinco o seis cuartillos de miel, tan pura como nuestra aguamiel. Las abejas son muy pequeñas y no pican. La miel se puede comer con pan o con otra comida. También hacen de ella una bebida o vino que sabe a aguamiel, pero es mejor y más agradable de beber.

En este tiempo las maquinaciones de nuestro capitán general Irala eran tantas que hizo creer a la gente que por razón de los bastimentos no podíamos quedar por más tiempo con los macasíes, pues no quedaba comida para un mes. Mas, si hubiéramos sabido que tendríamos gobernador y comida, no hubiésemos vuelto, que ya hubiésemos encontrado comida y bastimento. Así pues

tuvimos que regresar a los corcoquís. Cuando llegamos a esta nación, todos habían huido con sus mujeres e hijos, ya que desconfiaron de nosotros, aunque hubiese sido mejor que se quedasen en su poblado. Nuestro capitán general envió en seguida unos indios a decirles que volviesen a su pueblo, y que no recelasen, que no les causaríamos daño ninguno. Sin embargo, no quisieron hacer caso; antes respondieron que nos fuésemos de su pueblo, y si no, que nos echarían a la fuerza. Cuando alcanzamos a saberlo, nos pusimos en orden de batalla y fuimos contra ellos. No obstante, hubo entre nosotros algunos soldados que opinaron, y lo hicieron saber a nuestro capitán general, que no marchásemos contra ellos, porque de allí provendría gran perjuicio y daño al país. Si queríamos ir del Perú hasta el Río de la Plata, no encontraríamos ningún bastimento. Nuestro capitán general y el común, sin embargo, no quisieron permitirlo, sino que insistieron en su intención, y así fuimos contra los dichos corcoquís. Cuando nos aproximamos a ellos a media legua, vimos que tenían su campamento en la falda de un monte, cerca de un bosque, para poder escapar con más facilidad si les vencíamos. Mas no les fue de provecho, pues todos a los que alcanzamos tuvieron que dejar el pellejo, y cogimos en esta escaramuza cerca de mil individuos, fuera de los que matamos, de hombres, mujeres y niños.

Dos meses nos detuvimos en este poblado, que era tan grande como de ordinario cinco o seis juntos. Después nos fuimos al lugar, cerca del cerro San Fernando, donde habíamos dejado los dos barcos, como se dijo en el capítulo cuarenta y cuatro.

En este viaje gastamos un año y medio, no haciendo otra cosa que una guerra tras otra, y cautivamos unos doce mil indios entre hombres, mujeres y niños, que se convirtieron en nuestros esclavos. Yo por mi parte gané cincuenta individuos de hombres, mujeres y niños.

Cuando llegamos a los barcos, la gente que habíamos dejado en los mismos, cerca del cerro San Fernando, nos dio cuenta de lo que había sucedido en nuestra ausencia entre el capitán llamado Diego de Abreu, que era de Sevilla, en España, de una parte, y Don Francisco de Mendoza, de otra, a quien nuestro capitán general Domingo Martínez de Irala había puesto por capitán para que gobernase a la gente en su lugar. Hicieron un gran alboroto, porque el dicho Diego de Abreu quiso tomar el mando, a lo que se resistía Don Francisco de Mendoza, como capitán y lugarteniente que era. Por ende se armó tal baile que terminó con que Diego de Abreu quedó dueño del campo, mandando decapitar a Don Francisco de Mendoza.

CAPITULO 50

*El capitán Diego de Abreu se opone al general Domingo Martínez de Irala.
El autor recibe carta de Alemania*

Luego se alzó con el país, y, dispuesto a marchar contra nosotros, se hizo fuerte en Asunción. En esto llegamos a la ciudad con nuestro capitán general Domingo Martínez de Irala, y Abreu no quiso dejarnos entrar ni abandonarla, y menos aún reconocer por su señor a nuestro capitán general.

Luego de saber esto, nuestro capitán general puso cerco a la ciudad de Asunción con mucha fuerza. Y cuando vieron los que estaban dentro de ella que veníamos en serio, iban saliendo

todos los días y pedían clemencia a nuestro capitán general. El dicho Diego de Abreu se dio cuenta de ello y, viendo que nosotros podríamos caer de noche sobre la ciudad y apoderarnos de ella por traición (como hubiera podido suceder), celebró consejo con sus mejores compañeros y amigos, que eran unos cincuenta que todavía le apoyaban, y abandonó la ciudad. Tan pronto como hubo salido, vinieron los que todavía quedaban dentro ante nuestro capitán general y pidieron clemencia, el cual se la prometió, y juntos hicieron su entrada.

El dicho Diego de Abreu, en cambio, se escapó con cincuenta cristianos que se le habían unido, a treinta leguas de nosotros, de modo que no pudimos hacerle nada. El, sin embargo, nos hacía daño todos los días. Así estuvimos peleando dos años, y no pudimos estar seguros ni los unos ni los otros, sobre todo porque el dicho Diego de Abreu no se detenía por mucho tiempo en ningún lugar; hoy aquí, mañana allí, nos hacía daño donde podía, viviendo como un salteador de caminos. En suma, si nuestro capitán general quería vivir tranquilo, tenía que hacer las paces con Diego de Abreu, y encontró el medio de hacerlo, casándose dos hijas suyas con dos primos de Diego de Abreu, que se llamaba el uno Alonso Riquelme y el otro Francisco de Vergara. Una vez concertados los casamientos, tuvimos paz.

En este tiempo recibí carta de España, de Sevilla, la cual me remitió Cristóbal Raiser, factor de los Fúcares, escrita por Sebastián Neithart por orden de mi hermano Tomás Schmidel, que Dios haya, el tenor de la cual era que, si fuera posible, se me ayudara para que pudiese volver a mi tierra. El dicho Cristóbal Raiser no escatimó medios para que me llegase la carta, la cual recibí el 25 de julio de 1552

CAPITULO 51

El autor pide licencia. Baja el río Paraguay y remonta el Paraná

Tan pronto hube leído la carta, pedí licencia a nuestro capitán general Domingo Martínez de Irala, el cual no quiso dármela al principio. Pero luego lo consideró y me dio licencia con grandes honores, cuando le hube dado cuenta de mis largos y fatigosos servicios, los cuales él mismo recordaba, cómo había servido fielmente a Su Cesárea Majestad todos estos largos años, sufriendo grandes peligros y miserias, arriesgando por él muchas veces mi cuerpo y mi vida sin haberle dejado jamás. Además me dio cartas para Su Cesárea Majestad dándole cuenta de cómo iban las cosas en las tierras del Río de la Plata, y de lo que había sucedido en ellas durante este tiempo. Estas cartas entregué luego a los del Consejo de Su Cesárea Majestad, dándoles también puntual aviso de estas tierras.

Pero antes de proseguir, debo contar mi despedida. Luego que hube dispuesto todas las cosas para ponerme en camino, me despedí de nuestro capitán general Domingo Martínez de Irala y de mis buenos compañeros y amigos. Tomé veinte indios para que llevasen mi bagaje y lo que es menester en un viaje tan largo.

Sin embargo, ocho días antes de irme, vino alguna gente del Brasil con la nueva de que había llegado allí una nave procedente de Lisboa, que era del señor Juan Hilsen, un mercader de Lisboa que era factor de Erasmo Schetz, de Amberes. Después de considerar la oportunidad, me puse en

camino, en el nombre de Dios, el día de San Esteban, que era el 26 de diciembre de 1552. Partí del Río de la Plata, de la ciudad de Nuestra Señora de la Asunción, con veinte indios, en dos canoas. Y al cabo de cuarenta y seis leguas llegamos a un poblado que se llama Hieruquizaba. Allí se nos juntaron otros cuatro compañeros y dos portugueses que se iban sin licencia de su capitán. De allí nos fuimos juntos y llegamos a las quince leguas a un lugar que se llama Guaray.

A continuación hicimos dieciséis leguas en cuatro jornadas, hasta un lugar llamado Gueguareté, y de allí caminamos cincuenta y cuatro leguas en nueve días a otro lugar que se llama Guareté, donde nos detuvimos dos días buscando bastimentos y canoas, ya que teníamos que subir cien leguas por el Paraná. Después llegamos a un lugar que se dice Guingui donde permanecemos cuatro días. Hasta allí, la tierra, que antes era de los carios, pertenece a Su Cesárea Majestad.

CAPITULO 52

*El autor Ulrico Schmidel deja el río Paraná y continúa caminando por tierra,
y lo que le sucedió con los tupís*

Entonces comienzan los territorios del rey de Portugal, o sea, la tierra de los tupís. Allí tuvimos que dejar el Paraná y las canoas y caminar durante seis semanas a través de selvas, serranías y valles, sin poder dormir tranquilos por los animales salvajes.

Los indios de esta nación comen a sus enemigos, por lo cual no hacen otra cosa que la guerra, y cuando vencen a sus adversarios, los llevan a su poblado con un acompañamiento semejante al de nuestras bodas. Luego, cuando quieren matar un cautivo o sacrificarlo, disponen una gran fiesta. Y mientras está preso, le dan todo lo que quiera y le apetezca, sean mujeres para que se divierta con ellas, sean viandas, hasta que llega la hora de morir. Esta gente no tiene otro solaz que guerrear continuamente, comer, beber y estar borracha día y noche, y bailar. En suma: llevan una vida grosera y desenfrenada, que no puede describirse. Es, además, una ralea soberbia y altiva. Hacen vino de maíz con que se emborrachan, como quien se embriaga con nuestros mejores vinos. Su lengua es, con pequeñas diferencias, la misma que la de los carios. De allí nos fuimos a un lugar llamado Cariseba, donde viven también los tupís, que están en guerra con los cristianos, mientras que aquellos son sus amigos.

El domingo de Ramos, cuando nos aproximamos a cuatro leguas de un lugar, fui avisado que nos guardásemos de los de Cariseba, Por entonces tuvimos gran escasez de bastimentos, y, aunque hubiésemos podido seguir tirando, no pudimos retener a dos compañeros, que se fueron al poblado a pesar de nuestras advertencias. Les prometimos que les esperaríamos, como lo hicimos. Pero apenas entraron en el pueblo, fueron muertos y comidos. Luego salieron unos cincuenta indios vestidos con las ropas de los cristianos y se acercaron a nosotros a treinta pasos. Allí se quedaron quietos y nos hablaron. Cuando un indio de éstos se para delante del contrario y le habla, no suele tener buenas intenciones.

Por ende nos armamos lo mejor que pudimos y les preguntamos dónde habían quedado nuestros compañeros, a lo que respondieron que en el pueblo, y que querían que entrásemos también. Pero nosotros no quisimos hacerlo, pues nos dimos cuenta de su engaño y bellaquería.

A esto dispararon sus flechas contra nosotros y volvieron rápidamente al pueblo, saliendo luego con seis mil hombres. Por nuestra parte no tuvimos otra defensa que el bosque y cuatro arcabuces, así como los veinte indios carios que venían con nosotros desde la ciudad de Asunción. No obstante, les hicimos frente durante cuatro días, disparando sin cesar los unos contra los otros. Luego, la cuarta noche nos escapamos del bosque, porque no teníamos mucho de comer, y los enemigos eran cada vez más fuertes, y «muchos perros son la muerte de las liebres» como dice el refrán.

Desde allí seguimos seis jornadas sin detenernos por una selva como yo, que había estado en muchas partes, jamás había visto. Tampoco teníamos nada de comer, y para salir del apuro tuvimos que contentarnos con miel y raíces donde las encontrábamos. Y como no estuvimos seguros de que los enemigos no nos pudieran seguir, tampoco tuvimos tiempo para buscar carne de salvajina. Por fin llegamos a una nación que se llama viaza. Allí nos detuvimos cuatro días y nos procuramos bastimentos, aunque no nos acercamos al poblado porque éramos pocos.

En las tierras de esta nación hay un río llamado Uruguay, en el cual vimos muchas culebras y serpientes que en español se dicen «Sche Eyba Tuescha», de catorce pasos de largo y dos brazas de grueso en el medio. Causan gran daño, pues si un hombre se baña en el río o un animal quiere cruzarlo a nado, estas serpientes vienen y los envuelven con su cola, luego los meten debajo del agua y se los comen. Por esto sacan siempre la cabeza fuera del agua, para ver si hay un hombre o un animal que poder atacar.

Desde allí seguimos caminando todo un mes, recorriendo cerca de cien leguas y llegamos a un lugar muy grande llamado Yerubatiba. Allí permanecemos tres días, porque estábamos muy cansados y, como no teníamos otra cosa de comer que miel, que era nuestro mejor alimento, quedamos sin fuerzas y débiles, pues durante mucho tiempo llevamos una vida de grandes peligros, pobrezas y miserias, particularmente en lo que se refiere a la comida y a la bebida, pero también al descanso. Nuestras camas, que cada uno tenía que llevar consigo, eran de algodón y pesaban cuatro o cinco libras cada una. Están hechas a modo de red, que se atan a dos árboles; luego uno se acuesta encima a la serena. En las Indias es preferible quedarse en los bosques, que no entrar en los pueblos de los indios y en sus casas, sobre todo cuando son pocos los cristianos que viajan.

Nos fuimos de allí y llegamos a un lugar que pertenecía a los cristianos cuyo capitán era Juan Ramallo. Por suerte nuestra no estuvo a la sazón en este lugar, que a mí me parecía una cueva de ladrones. El dicho capitán se encontraba entonces con otros cristianos en San Vicente, para cumplir ciertos tratos que tenían entre ellos. Los indios, entre los cuales viven ochocientos cristianos en dos lugares, están sujetos al rey de Portugal y en poder del dicho Juan Ramallo, quien, según dice, lleva cuarenta años en las Indias, gobernando, guerreando y pacificando el país, por lo que, en justicia, debía de regirlo antes que nadie. Y como no lo consiguió, tienen guerra los unos contra los otros. Este Ramallo puede reunir en un sólo día cinco mil indios, en tanto que el rey sólo junta dos mil; tan grande es el poder que tiene en este país. Cuando llegamos al dicho lugar, estaba allí el hijo del dicho Ramallo, al que tuvimos que temer más que a los mismos indios, por bien que nos recibiera. Pero como todo nos salió bien, dimos gracias a Dios Todopoderoso, contentos de habernos escapado sin peligro.

CAPITULO 53

Ulrico Schmidel llega al Cabo de San Vicente, navega a España, pero tiene que volver al puerto de Espíritu Santo

Partimos de allí y, el 13 de julio de 1553, llegamos a una pequeña ciudad llamada San Vicente, que está a veinte leguas del lugar anterior. Allí encontré una nave portuguesa cargada de azúcar, palo del Brasil y algodón por Pedro Rössel, factor de Erasmo Schetz, de Amberes, y consignada a Juan Hilsen, en Lisboa, que también es factor del mismo Schetz.

El dicho Rössel me recibió con mucho amor y me hizo grandes honores. También intercedió en mi favor acerca de los marineros, encomendándome mucho a ellos, lo cual hicieron cumplidamente, que no puedo decir otra cosa.

Permanecemos todavía once días en la ciudad de San Vicente, y nos aprestamos con todos los bastimentos que son de menester en la mar. Desde la ciudad de Asunción hasta San Vicente habíamos viajado seis meses, que son trescientas cuarenta y seis leguas de camino.

Cuando estuvimos preparados para el viaje, zarpamos de San Vicente el día de San Juan, que fue el 24 de junio de 1553, y estuvimos catorce días en la mar, que no tuvimos nunca vientos favorables sino continuamente tempestades y una gran tormenta, que, a decir verdad, no pudimos saber donde estábamos. En esto se nos quebró el palo de la nave y tuvimos que volver a tierra, y arribamos a un puerto cuya ciudad se llama Espíritu Santo, en el Brasil, que pertenece al rey de Portugal. En esta ciudad viven cristianos con sus mujeres e hijos, que hacen azúcar y tienen mucho algodón, palo del Brasil y otras muchas cosas.

En estas partes del mar, entre San Vicente y Espíritu Santo, hay muchísimas ballenas que causan gran daño. Pues, cuando se pasa con pequeñas naves de un puerto a otro, estas ballenas se acercan en grandes manadas y pelean entre sí, y cuando vienen próximas a los barcos, los hacen zozobrar y hundirse con toda la gente que va en ellos. Estas ballenas escupen sin cesar agua, y cada vez tanta como pueda caber en un barril de Franconia. Y esto lo hacen a cada momento, luego meten la cabeza bajo el agua y al poco rato la vuelven a sacar. Y esto lo hacen día y noche. Quien no las haya visto, pensará que se encuentran juntos muchos peñascos.

CAPITULO 54

Ulrico Schmidel sale del puerto de Espíritu Santo y llega a la Tercera, de las Islas Azores, y a España. Se embarca para los Países Bajos, pero tiene que volver a tierra a causa de una tempestad

Por fin zarpamos del puerto de Espíritu Santo y, navegando cuatro meses seguidos por la mar, no volvimos a ver tierra alguna desde que salimos de Espíritu Santo.

Luego llegamos a una isla llamada Tercera, donde tomamos bastimentos frescos de pan, carnes, agua y otras provisiones. En esta isla, que pertenece al rey de Portugal, nos quedamos dos días.

De allí nos dirigimos a Lisboa, donde llegamos al cabo de catorce días, que fue el 3 de septiembre de 1553. Allí nos detuvimos catorce días, muriéndose dos indios que había traído de aquellas tierras.

Entonces continué a Sevilla, que son cuarenta y dos leguas que recorrí en seis días, y allí me quedé cuatro semanas, hasta que se aprestaron los barcos.

Luego me fui por agua, y a los dos días llegué a la ciudad de Sanlúcar [de Barrameda], donde pasé la noche.

De allí seguí camino por tierra y llegué en un día a otra ciudad que se llama Puerto de Santa María, y de ahí, en otra jornada, caminé hasta una ciudad que está a cuatro leguas, a orillas del mar, y se llama Cádiz. Allí estaban unos barcos holandeses que se disponían a partir a los Países Bajos. Entre los veinticinco barcos grandes, que se llaman urcas, había una nave hermosa y nueva que había hecho sólo un viaje de Amberes a España. Los mercaderes me aconsejaron que me embarcase en este barco nuevo, cuyo patrón se llamaba Enrique Schetz, que era un hombre justo y honrado. Traté con él para convenir el pasaje y la comida y otras cosas que eran menester para este viaje. Por ende me apresté aquella tarde y mandé llevar al barco mi bagaje, vino, pan y otras cosas, así como, unos papagayos que traía de las Indias. Además había acordado con el patrón que me avisaría cuando quería zarpar, y me prometió sinceramente que no se iría sin mí; antes me avisaría a tiempo.

Sin embargo, sucedió que aquella noche el dicho patrón bebió más de la cuenta y, para mi suerte, me dejó olvidado y abandonado en la posada. Dos horas antes de amanecer mandó al piloto levar anclas y zarpar. Cuando miré por el barco muy de madrugada, ya se había alejado una buena legua de tierra. Por ello hube de buscarme otro barco y satisfacer a otro patrón, al que tuve que dar tanto como al primero.

Por ende zarpamos con las otras veinticuatro naves. Durante los tres primeros días tuvimos vientos favorables, pero luego arreciaron y fueron tan contrarios que no pudimos proseguir el viaje, estando ocho días en gran peligro a la espera de bonanza. Pero por más que nos demoramos, la mar se volvía cada vez más tempestuosa, de manera que no pudimos seguir por más tiempo en el agua y tuvimos que regresar por el camino por donde habíamos venido.

Entre los barcos que regresaron, quedó rezagado el de Enrique Schetz quien, como queda dicho, me había dejado olvidado y llevaba toda mi ropa. Cuando nos acercamos a una legua de Cádiz, se hizo de noche y el general de la flota mandó colocar los faroles, para que las otras naves supiesen seguirle. Cuando llegamos a Cádiz, y ancladas las naves, el general mandó guardar los faroles. En esto se hizo en la playa una gran hoguera, la cual, a pesar de la buena intención, redundó en perjuicio de Enrique Schetz y de su nave. Se había hecho el fuego cerca de un molino a un tiro de arcabuz de distancia de Cádiz. El dicho Enrique Schetz dirigió su nave en derechura al fuego, creyendo que no eran sino los faroles de la capitana los que brillaban. Y cuando casi llegó donde el fuego, chocó con gran fuerza contra las rocas que estaban debajo del agua. Su

nave se hizo mil pedazos, y antes de que pasara un cuarto de hora se fue a pique con la gente y las mercaderías, y perecieron veintidós personas, salvándose tan sólo el patrón y el piloto agarrados de un gran palo. Con ello se perdieron seis cajas de oro y plata que pertenecían a Su Cesárea Majestad, así como muchas mercaderías, lo cual causó la ruina de muchos mercaderes. Por ello di gracias a Dios Todopoderoso que por su clemencia me guardó de que me embarcase en esa nave.

CAPITULO 55

Ulrico Schmidel navega otra vez de Cádiz a Amberes

Después de lo ocurrido estuvimos surtos dos días en Cádiz, y el día de San Andrés nos hicimos a la vela, rumbo a Amberes. En este viaje tuvimos también grandes tempestades y tormentas terribles, que los marineros dijeron y juraron que en veinte años que estaban navegando no habían visto tempestad tan horrible, ni oído que hubiese durado tanto.

Cuando arribamos a Inglaterra, a un puerto llamado Wight, no quedaba en toda nuestra nave ni cabos, ni palo, ni la menor cosa. Y si este viaje hubiese tardado unos días más, ni un solo barco de los veinticuatro se hubiese salvado. Pero Dios Todopoderoso nos concedió la gracia de librarnos de tamaña desventura que estuvimos apunto de sufrir.

A todo esto, el día de Año Nuevo de 1554, se perdieron miserablemente ocho barcos con toda la gente y las mercancías, sin que se hubiese podido salvar un solo hombre. Y este calamitoso naufragio sucedió entre Francia e Inglaterra.

Así quedamos cuatro días en el puerto de Wight, en Inglaterra, y después de abastecidos lo mejor que pudimos, zarpamos para Brabante y llegamos a Arnemuinden, que es una ciudad en Zelanda donde suelen quedar surtas las grandes naves. De esta ciudad, que está a cuarenta y siete leguas de Wight, nos fuimos otras veinticuatro leguas a Amberes, donde llegamos felizmente el 26 de enero de 1554.

EPÍLOGO

Así, después de veinte años, volví, por la singular providencia de Dios Todopoderoso, al lugar de donde había salido. Pero en este tiempo que anduve entre las naciones de indios, sufrí y padecí no pocos peligros para el cuerpo y la vida, grandes hambres, miserias, aflicciones y angustias, como se contiene en esta relación histórica. A Dios Todopoderoso sea loor, honor y gracias que me ayudó a volver felizmente al lugar de donde había salido veinte años atrás.